EN EL PUÑO DE LA ESPADA,

DRAMA TRÁGICO EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

POR

JOSÉ ECHEGARAY.

Representado por primera vez en el Teatro de APOLO el dia 12 de Octubre de 1875.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18.
1875.

PERSONAJES.	ACTORES.
DON RODRIGO, MARQUÉS DE MONCADA.....	Sr. Parreño.
DOÑA VIOLANTE, su esposa....	Sra. Lamadrid.
DON FERNANDO DE MONCADA.	Sr. Vico (D. Antonio).
DOÑA LAURA DE MEJÍA, pupila de los marqueses.....	Sra. Alvarez de Hernando.
DON JUAN DE ALBORNOZ, conde de Orgaz.....	Sr. Vico (D. Manuel).
BRÍGIDA, dueña.....	Sra. Ramos.
NUÑO, escudero.....	Sr. Alisedo.
RAMIRO, paje.....	Sr. Maza.
GARCÉS, criado: estos cuatro de la casa de Moncada.	Sr. Castro.
MENDO, servidor de D. Juan.....	Sr. Torres.
ORDOÑO, id.....	Sr. Benavides.
CRIADOS, etc.....	

Época del Emperador Cárlos V.

Los dos primeros actos en Madrid: el último en el castillo de Orgaz.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los paises con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traduccion.

Los comisionados de la Galería Lírico-Dramática, titulada El Teatro, de DON ALONSO GULLON, son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representacion y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

ACTO PRIMERO.

La escena representa un salon de la casa de Moncada: en el fondo una gran puerta; á la derecha del espectador dos; á la izquierda una ventana; próximos á ésta una mesa y un sillon; otros dos sillones á la derecha; entre las dos puertas un trofeo con espadas, puñales, hachas, etc. Es de dia.

ESCENA PRIMERA.

BRÍGIDA, NUÑO.

Nuño limpiando un puñal de hoja muy ancha.

NUÑO. (Ap. y mirando por la ventana.)
(Allí está siempre: su embozo
en vano sube á la cara,
que hoy como ayer le adivino
bajo el pliegue de la capa.
¿Quién será? ¿Por qué se obstina
en observar esta casa?
¡Vive Dios, que la paciencia
á mi pesar se me acaba!)

BRÍGIDA. Pienso que pronto de misa
los marqueses de Moncada
volverán. ¿Concluyes, Nuño?
Mucho limpiar esa daga

714715

te cuesta y harto te esmeras.

NUÑO. ¡Tan limpia quiero dejarla
que espejo del mismo sol
pueda ser, si el sol la baña!

BRIGIDA. Muy buenos son tus deseos;
pero yo siempre manchada
y enmohecida la he visto.

NUÑO. Estas son antiguas manchas
de sangre que yo respeto.

BRIGIDA. Será así: no digo nada;
pero si el tiempo que pierdes
pensativo en contemplarla,
en dar luces y en dar brillo
al ancho acero empleáras,
hirieran más sus reflejos
que su punta toledana.

NUÑO. ¡Ay, Brígida, mil memorias,
que nunca el olvido arrastra,
al contemplar este hierro
una vez y otra me asaltan.

BRIGIDA. ¡Veinte y dos años pasaron!

NUÑO. Cosas hay que nunca pasan.
¡Qué noche aquella, qué noche!
¡De Orgaz las viejas murallas
pienso que aún hoy mismo rojas
sangre de imperiales manan!
Allá en Toledo encerrándose
la de Padilla levanta,
con sus bravos comuneros,
el pendon de la venganza;
y en Orgaz mi buen señor,
el conde de Villafranca,
repite el eco de guerra
de la noble doña Juana.
Viejos los torreones son;
brechas hay en las murallas;
son escasos los pertrechos,
y es la gente bien escasa:
¿qué importa? si hay corazon,
sobran piedras y bombardas.

BRIGIDA. Conozco la historia, Nuño:
siempre que esas viejas armas

te ordena el marqués limpiar
has de volver á contarla,
y se limpian por lo ménos
dos veces á la semana.
Hace un año que á Madrid,
con Laura, desde Granada,
al quedar la pobre huérfana,
vine y entré en esta casa,
conque dése á discurrir
el buen Nuño de Peralta
si conoceré la historia
del asalto y la matanza
de Orgaz por los imperiales.

NUÑO. Bien. (Con mal humor.)

BRIGIDA. Digo, ¿me parece!...

NUÑO. Basta
de relatos.

BRIGIDA. No te ofendas.

NUÑO. Puesto que canso...

BRIGIDA. No cansas.
Y relacion tan curiosa
oyera de buena gana
una vez más; pero siempre
empiezas y nunca acabas.

NUÑO. Cuento de ella lo que sé.

BRIGIDA. Vamos... sigue... (Acercándose á Nuño.)
(Pausa.)

NUÑO. La del alba
no era ni con mucho, cuando
«¡el condestable, á las armas!»
gritaron con roncas voces
en todas las atalayas.
¡Y el asalto comenzó!...
¡y qué asalto, Vírgen santa!
¡Ellos, qué subir al muro
por las flexibles escalas;
y nosotros, qué matar,
cuando á la almena llegaban!
¡Qué gente abajo tan terca!
¡qué gente arriba tan brava!
Tres horas duró la lucha:
cayó muerto Villafranca,

diciéndome al espirar:
«¡salva á Violante, Peralta!»
y arrancando á la doncella,
que frenética estrechaba
á su padre entre los brazos,
de aquel lugar de matanza,
por patios y corredores
paso abriendo con mi espada
á oscuro salon llegué:
detuve un punto mi planta;
sequé mi frente sangrienta,
y en el fondo de la estancia
dejando á doña Violante
respiré más á mis anchas.
Mas poco duró el descanso,
y esta escena no se aparta
de mi mente ni un momento
y su memoria me abrasa.

BRIGIDA. Sigue... sigue...

NUÑO. De repente,
cual del infierno evocada,
en la puerta del salon
surgió una figura extraña.
¡Un mancebo... digo mal...
casi un niño!... Roja espada
la diestra empuña: una tea
la izquierda en alto levanta,
y sobre su frente flota
la ondulante y negra llama.
(Nuño se detiene pensativo: se aleja de Brígida: se aproxima á la ventana y mira por ella con afan. Brígida le sigue. Pausa.)

BRIGIDA. ¿Y qué más?...

NUÑO. Siempre le veo...
¡qué noche!

BRIGIDA. ¿Pero no acabas?

NUÑO. ¡Otra vez ese hombre allí!...

BRIGIDA. ¿Pero quién?

NUÑO. ¿No ves su cara?

BRIGIDA. ¡Juan de Albornoz! (Asomándose.)

NUÑO. ¿Le conoces?
Responde.

(Brígida vuelve al centro del escenario: Nuño la sigue.)

BRIGIDA. Tu cuento acaba.
NUÑO. ¡Brígida!...
BRIGIDA. Primero tú.
NUÑO. Ya acabé: nada me falta.
BRIGIDA. Pues yo tambien; pues te dije
que Juan de Albornoz se llama.
NUÑO. ¡Cargue el diablo con la dueña!
BRIGIDA. ¡Váyase muy noramala
el escudero insolente!
NUÑO. Paz tengamos.
BRIGIDA. Vaya en gracia;
pero concluye.
NUÑO. ¿Y despues?
BRIGIDA. Pregunta cuanto te plazca.
NUÑO. Bueno... bueno... ¿si te empeñas?
mas pronto la historia acaba.
Quedamos en que el mancebo
de una sola cuchillada
partió mi frente, y que á tierra
sin decir ni «¡Dios me valga!»
vine de un golpe... (Pequeña pausa.) Miró
hácia el fondo de la estancia...
la tea apagó en el muro...
despues sombras... despues nada...
Perdí el sentido. Más tarde
dicen que se halló esta daga
junto á Violante, que herida
en el pecho y desmayada,
era escultura yacente
al pie de rota ventana.
BRIGIDA. ¿Y despues?
NUÑO. ¡Viven los cielos
que esta dueña no se sacia!...
BRIGIDA. Hasta que no llego al fin.
NUÑO. Por muerta ya la contaban;
pero se empeñó el marqués
en que fuese de Moncada
marquesa...
BRIGIDA. ¿Y qué?
NUÑO. Les casaron.

Violante casi espiraba:
pero al olor de la boda
resucitó. Cosa extraña:
lo que á un hombre da la muerte
en las hembras es probada
medicina de salud:
¡resucitan si las casan!
Aun no pasados seis dias
del asalto y la matanza,
y tres de la ceremonia
nupcial, ya Violante entraba
con nueva vida en la vida,
y á los veinte ya apoyada
lánguidamente en su esposo,
por las alamedas anchas
de las márgenes del rio,
hermosa aunque triste y pálida
iba al declinar la tarde
la marquesa de Moncada.

BRIGIDA. ¿Y qué más?

NUÑO. ¡Vete al infierno!
Son felices: se idolatran:
tienen un hijo, Fernando;
una pupila que es Laura;
un servidor que es modelo
de paciencia y de cachaza,
y una dueña quintañona
de Lucifer viva estampa.

BRIGIDA. ¡Ay Nuño, qué mal me quieres!
¡ay Nuño, qué mal me tratas!

NUÑO. ¿Quién es don Juan de Albornoz?

BRIGIDA. ¡Un señor de alta prosapia!
¡Del emperador amigo!

NUÑO. ¿Le conociste?...

BRIGIDA. En Granada.
Requirió de amores...

NUÑO. Ya...

BRIGIDA. Quiso dar su nombre á Laura.

NUÑO. ¿Y ella?

BRIGIDA. Al principio... pues no...
no le puso mala cara;
mas conoció á don Fernando,

y el de Albornoz... santas pascuas.

NUÑO. Ahora comprendo... cabal:
por eso ronda la casa.
No sé dónde... pero en fin,
yo he visto ántes esa cara.

BRIGIDA. (Mirando hácia dentro.)
Vete, que Laura se acerca.

NUÑO. ¡Esta memoria es tan flaca!
(Nuño deja el puñal entre las armas del trofeo y sale.)

ESCENA II.

BRÍGIDA, LAURA.

Esta última sale por la derecha, primer término.

LAURA. ¿No ha vuelto Fernando?

BRIGIDA. No.
Dicen que con mucho afan
á probar un alazan
fué á la vega.

LAURA. Le ví yo.

BRIGIDA. ¿Al marchar le visteis?

LAURA. Sí.
Aún no despuntaba el dia:
yo, Brígida, no dormía:
en él pensaba... y le oí.
Del lecho al punto salté,
cubrí mis hombros ufana,
abrí ansiosa la ventana
y á la reja me asomé.
Negros estaban los cielos
y la noche silenciosa:
una ráfaga ardorosa
de viento enredó mis velos
en las ramas del rosal
que entre mis rejas dormía...
y al potro piafar se oía
en las piedras del portal.
Nuño el caballo sacó;
ví despues á mi Fernando;
la crin flotante agarrando

de un salto al potro subió.
Grité «¡adios!...» y ¡«adios, mi vida!»
gritó mirando á la reja;
despues por una calleja
salió á carrera tendida.
Otra vez «¡adios, bien mio!»
exclamé avanzando ansiosa:
mi rostro azotó una rosa
y me bañó de rocío.
Él entre sombras huyó;
yo tras la reja quedé;
mi mano al rostro llevé
y trazas en él halló
de reciente y triste lloro.
¡Cómo no, si se alejaba
mi Fernando? ¿Mas lloraba?
Es lo cierto que aún ignoro
si aquel llanto matinal,
que mis mejillas sintieron,
amargas lágrimas fueron
ó perlas de mi rosal.
Mas lágrimas eran, sí,
que las probó el labio mio,
y no es amargo el rocío,
y amargo gusto sentí.
¿Por qué entre sombras se fué?
¿Por qué estaba negro el cielo?
¿Por qué se rasgó mi velo?
¿Por qué, Dios mio, lloré?

BRIGIDA. En Madrid, como en Granada,
por la causa más sencilla,
baña el llanto la mejilla
de una niña enamorada.

LAURA. Brígida, tienes razon:
¡mas qué amanecer tan triste!
¿si de luto el cielo viste,
qué ha de hacer el corazon?

BRIGIDA. Mientras vuestra mente terca
desdichas está soñando,
tal vez para don Fernando
una desdicha se acerca.

LAURA. ¿Será posible?

BRIGIDA. Llegad
de esa ventana al dintel.
(Se acercan Brígida y Laura á la ventana y la dueña le obliga á que mire á la calle.)
Bajó el arco botarel
del viejo muro, observad
cómo se detiene y mira
embozado un caballero
con pluma negra al sombrero. (Pausa.)
Lentamente se retira;
mas ya volverá veloz.
LAURA. ¿Allí dices?
BRIGIDA. ¿No le veis?
LAURA. ¿Quién es?
BRIGIDA. ¿No le conoceis?
Se acerca...
LAURA. ¡Juan de Albornoz!
¿Ese hombre qué busca aquí?
BRIGIDA. Vuestra mano ha pretendido...
LAURA. Que no, cien veces ha oido.
BRIGIDA. Pues vendrá buscando un sí.
LAURA. Me ofende su terquedad.
BRIGIDA. Vuestro padre lo deseaba.
LAURA. (Señalando hácia la ventana.)
Comprendió que no le amaba
y tuvo de mí piedad.
BRIGIDA. Es poderoso señor
y favorito del rey.
LAURA. No hay para el alma otra ley
soberana que el amor.

ESCENA III.

LAURA, BRÍGIDA, FERNANDO, por el fondo.

FERN. ¡Laura!...
LAURA. ¡Fernando!
(Se acercan uno á otro con amoroso afan.)
BRIGIDA. La misa
pronto acaba, y la marquesa
y el marqués... vendrán...
FERN. Bien, cesa...

aguarda fuera y avisa.
(Sale Brígida por el fondo.)

ESCENA IV.

LAURA, FERNANDO.

LAURA. ¿Por qué no fijas en mí
tu vista como otras veces?
¿No me escuchas?... ¡No merecés
el amor que puse en tí! (Pausa.)
Como el despuntar del dia
fué nebuloso y fué triste,
tal vez su influjo sentiste.
Quizá su tinta sombría,
en que toda luz se anega,
las nieblas en tí dejaron,
cuando tu rostro azotaron
al galopar por la vega.
Más al venir la mañana
rasgó el sol los negros velos,
tiñendo los anchos cielos
de oro, de azul y de grana,
que del astro peregrino
todo cede al resplandor,
y en el cielo de tu amor
cuando empaña algun mezquino
pensamiento su cristal,
voy con angustia observando
que no hay otro sol, Fernando,
que tenga virtud igual.

FERN. Mucho ántes de amanecer
en una abierta ventana
ví yo toda una mañana
¡todo un sol! aparecer.
Y como aún su luz sentía
al galopar por la vega,
á la alborada que llega
así orgulloso decía:
«¡no he menester tu arrebol,
ni tus celajes de oriente,
que traigo sobre mi frente

los reflejos de otro sol!
¡Dá luz al celeste velo,
pues necesita de tí,
que amaneció para mí
mucho ántes que para el cielo!»
(Cambiando de tono.)
Mas al volver, vida mia,
y al mirar á la ventana,
en vez de aquella mañana
ví noche y noche sombría.
Que el astro giró veloz,
vino á alumbrar otra esfera,
y ansioso su luz espera... (Con ironía.)

LAURA. ¿Quién?... ¿Dí?...

FERN. ¡Don Juan de Albornoz!

LAURA. ¡Tú sabes!...

FERN. Todo lo sé.
Le ví esta casa rondar:
le hice al punto vigilar;
á Granada pregunté,
que de amores me dijeron
en otro tiempo te habló...

LAURA. ¿Y te digeron que yo?...

FERN. De tí nada me dijeron.

LAURA. ¿Entónces por qué tu mente
sin fundamento se exalta?

FERN. Es que una duda me asalta:
duda propia de un demente,
duda implacable, cruel,
que jamás nadie ha sentido...
¡Si yo no hubiese existido
le hubieses amado á él?

LAURA. ¡Pero eso es ya delirar!

FERN. ¡Deliro porque te adoro!

LAURA. ¿Y por quién, ingrato, lloro?

FERN. ¿Nunca le empezaste á amar?

LAURA. ¡Y me pregunta el impío!

FERN. Goza del rey el favor;
noble, rico, gran señor...

LAURA. Gran señor, pero no mio.
Tu Laura otro dueño acata,
otro su obediencia obtiene,

y por tan suya la tiene
que como á esclava la trata.

FERN. ¿Mi esclava, dices? ¡Cruel!
Busca angustioso el aliento
una ráfaga de viento
porque se apaga sin él.
Los ojos un luminar
buscan en el cielo puro,
que siempre en espacio oscuro
pena tienen de cegar.
Busca el oido afanoso,
porque el silencio es su muerte,
algun eco que despierte
otro eco en él misterioso.
¿Y yo te pregunto, Laura,
esclava es la luz del dia,
es esclava la armonía,
y es tambien esclava el aura,
ó son los ojos que ciegan
si la luz no resplandece,
el oido que ensordece
cuando sus notas le niegan
melodiosos mensajeros,
y el aliento que se apaga
si el aire en torno no vaga,
los esclavos verdaderos?

LAURA. ¿Y qué fueran, vida mia,
sin un ser que les amase
y su vida les prestase,
los aires y su armonía,
de las auras el aliento,
y aun ese sol que Dios mismo
encendió sobre el abismo
en el ancho firmamento?
¿Qué fueran? Materia inerte
en noche eterna aventada;
un escarnio de la nada
y un reflejo de la muerte.
Pues esto será mi amor
si le hiere tu desvío,
conque dí, Fernando mio,
si hay esclavitud mayor.

ESCENA V.

LAURA, FERNANDO, BRÍGIDA, esta última por el fondo precipitadamente.

BRIGIDA. ¡Ya vienen!...
FERN. ¿Y qué me importa?
es forzoso terminar.
Palabras quiero excusar,
que más treguas no soporta
mi delirio.
(Arrodillándose ante Laura y apoderándose de una de sus manos.) ¡Te idolatro!
LAURA. ¡Fernando!... (Instando para que se levante.)
FERN. No.
BRIGIDA. ¡Por favor!...
(Asomándose á la puerta del fondo.)
¡Doña Violante!... ¡El señor!...
(Ap.) (¡Allá se entiendan los cuatro!)
(Sale Brígida huyendo por la derecha.)

ESCENA VI.

DOÑA VIOLANTE, LAURA, FERNANDO, D. RODRIGO.

Doña Violante y D. Rodrigo se detienen en la puerta del fondo: Fernando siempre á los piés de Laura.

LAURA. ¡Ellos! (Á Fernando en voz baja.)
RODRIGO. (Á Doña Violante.) ¡Mira!...
LAURA. (Á D. Fernando como ántes.) ¡Nos han visto!
FERN. Mi esposa, Laura, serás. (En voz alta.)
LAURA. Calla, Fernando, no más.
VIOL. ¡Laura!...
(Laura corre al encuentro de Doña Violante y se abraza á ella avergonzada: Fernando se pone en pie, D. Rodrigo avanza lentamente.)
RODRIGO. Basta. ¡Vive Cristo,
que asombra su atrevimiento!
FERN. ¡Madre... señor... yo la amaba;
eterno amor la juraba,

y reitero el juramento?

RODRIGO. ¡Que aquesto, Dios de piedad,
en mi propia casa ocurra;
y que él sea quien incurra
en tamaña liviandad!

FERN. Señor...

RODRIGO. Silencio, insensato.
¿Y tú, de quién aprendiste, (Á Laura.)
cuando á mi casa viniste,
esa falta de recato?

LAURA. ¡Perdon!

VIOL. Basta ya, Rodrigo.

RODRIGO. Harto mi enojo modero:
que es preciso ser severo
con la juventud te digo. (Á Violante.)

VIOL. Se aman.

RODRIGO. ¿Se aman?... Poco á poco...

FERN. Anhelo hacerla mi esposa.

RODRIGO. ¿Y la harás tambien dichosa?
Pero aun así, pobre loco,
con nueva razon te arguyo:
¡si el honor de esa mujer
tu propio honor ha de ser,
cuídalo como á honor tuyo!
Y tambien como á honor mio:
las hembras de mi linaje
ni al mismo sol vasallaje
rinden; que el sol es sombrío
si al resplandor se compara
de su virtud y pureza.
Levanta tú la cabeza: (Á Doña Violante.)
mira á tu madre á la cara. (Á Fernando.)
Si sombra de liviandad,
siquiera en el pensamiento,
tan sólo por un momento
manchara la honestidad
(atended y no os asombre)
de hembra soltera ó casada
de la casa de Moncada,
ó que llevase este nombre,
en sangre del corazon,
esposo, padre ó hermano

á ella misma con su mano,
ahogara la tentacion.
Y áun os pudiera añadir
que esta noble espada lleva,
(Señalando la que tiene al costado.)
dentro de su puño, prueba
que bien pudiera servir
á las hembras de memoria
á la vez que de escarmiento.
Pero no es de este momento
el relato de la historia.

FERN. ¡Padre!...
(Acercándose á D. Rodrigo y hablándole en tono suplicante.)

RODRIGO. Tu esposa será:
yo mi palabra te doy.

FERN. ¡Gracias!... (Con efusion.)

LAURA. ¡Dios mio!...
(Abrazando en un arranque de alegría á Doña Violante.)

RODRIGO. Mas hoy
él de esta casa saldrá;
(Señalando á Fernando y dirigiéndose á Doña Violante.)
que no es bien estén unidos,
con tan inflamable pecho
los dos, bajo el mismo techo,
los esposos prometidos.

FERN. Padre...

RODRIGO. Cesa en tu porfía.
Idos ambos... Por allí...
(Señalando á la derecha.)

FERN. (Á D. Rodrigo.)
¿Ha de ser mi esposa?

RODRIGO. Sí.

LAURA. ¡Qué feliz soy, madre mia!
(Fernando estrecha las manos á su padre: Laura abraza á Doña Violante: Fernando y Laura se miran con amor y salen por la derecha, pero por puertas distintas.)

ESCENA VII.

DOÑA VIOLANTE, D. RODRIGO.

VIOL. Eres por demas severo
con nuestro...
RODRIGO. Di.
VIOL. Con Fernando.
RODRIGO. ¡Violante!... ¡Ya estás llorando!
VIOL. No le quieres.
RODRIGO. Sí le quiero.
Es noble su corazon,
pero atropella por todo,
y he de ver si encuentro modo
de domar su condicion
rebelde, terca y bravía.
Si yo no fuese su padre,
si no tuviese por madre
la dulce Violante mia,
la del alma tierna y pura,
¡vive el cielo! que creyera
que le engendró alguna fiera
en horas de calentura.
VIOL. ¡Él!... ¡Fernando!... ¿qué dijiste?
¡Soy su madre!... ¡yo le adoro!
¡es mi dicha, mi tesoro!...
(Conteniéndose y cambiando de tono por un esfuerzo supremo.)
Soldado, aun niño, le hiciste
robándole á mi cariño,
y hoy vemos con extrañeza,
tú su indómita fiereza,
yo siempre el alma del niño.
Que es fiera su condicion
me dices, y harto lo veo,
pero tal fué tu deseo
al formar su corazon.
¡Sobre el cráter de un volcan
(Animándose por grados y hablando más para sí que para D Rodrigo.)
pasa flotante neblina;

el negro abismo fulmina
cual encendido huracan,
llamas que ciñen audaces
la neblina trasparente,
quemando su pura frente
con sus caricias voraces!...
¡Que ser tan extraño luégo
de allí raudo el viento arranca,
mezcla de neblina blanca
y de vapores de fuego!

RODRIGO. Bien tu intencion se adivina,
á lo que yo voy pensando:
el alma de tu Fernando
es la flotante neblina,
y ese fuego que la tierra
extiende á su alrededor
será la guerra.

VIOL. Señor...
tú lo dijiste... ¡la guerra!
Y sin que yo más arguya
no la condicion bravía
de la dulce prenda mia
te enoje: no es culpa suya.

RODRIGO. Quiero á tu ruego ceder,
que no es mi pecho de roble,
y honrado ha de ser y noble
quien de tí recibió el ser.

VIOL. Que en la virtud y el honor
busque Fernando modelo
en tí siempre, quiera el cielo.

RODRIGO. (Acercándose á ella con cariño.)
¡Mi Violante!...

VIOL. ¡Mi señor! (Lo mismo.)

ESCENA VIII.

DOÑA VIOLANTE, RODRIGO, GARCÉS.

GARCÉS. Un hidalgo que ha llegado
veros pretende y espera:
que su nombre me dijera
le supliqué y se ha negado.

RODRIGO. ¿Pero es hidalgo?
GARCÉS. Si el porte
prueba por sí la hidalguía,
hidalgo de más valía
no ha de encontrarse en la córte.
RODRIGO. No es justo hacer esperar
á un hombre de tal valer.
Haz á ese hidalgo saber
que puede hasta aquí llegar.
(Sale Garcés por el fondo.)

ESCENA IX.

DOÑA VIOLANTE, RODRIGO, D. JUAN.

Este último aparece en la puerta del fondo y en ella se detiene un momento.

VIOL. Adios, Rodrigo.
(Se despide del marqués y llega hasta la puerta de la derecha.)
JUAN. (Desde el fondo.) Señora...
VIOL. (Ap.) (¡Esa voz!... ¿qué voz es esa!...)
(Doña Violante se detiene y se vuelve hácia Don Juan. Este avanza hasta llegar á colocarse en primer término. Los actores en el órden siguiente: cerca de la puerta de la derecha, primer término, Violante; á la izquierda D. Juan; entre ambos D. Rodrigo.)
JUAN. Si por dicha á la marquesa
estuviese hablando ahora,
yo suplicarla osaría
que este salon no dejara,
y que benigna escuchara
con el marqués la voz mia.
VIOL. (Ap,) (¡Ese acento... ese semblante!
¡Qué recuerdos, ay de mí!)
JUAN. ¿Atendeis mi ruego?
VIOL. Sí.
(Acercándose al centro hasta quedar junto á Don Rodrigo.)
JUAN. Pues que me encuentro delante

por mi estrella afortunada,
y en uno son dos honores,
de los muy nobles señores
y marqueses de Moncada,
prévio su consentimiento
expondré mi pretension.

RODRIGO. Ántes en aquel sillon
tomad, buen hidalgo, asiento.

(Doña Violante y D. Rodrigo se sientan en los dos sillones de la derecha. D. Juan en el sillon de la izquierda. Pausa.)

JUAN. Del rey mi señor augusto,
órden cumpliendo sagrada,
tres años ha que á Granada
llegué. No fué por mi gusto,
mas fué en hora venturosa
que en sus cármenes floridos,
¡asombro de los sentidos!
vi la mujer más hermosa
que forjó la fantasía.
¡Era una hurí mahometana,
era una vírgen cristiana,
era Laura de Mejía!

VIOL. ¡Laura!

JUAN. Laura: y de tal suerte
ha dominado mi ser
el amor de esa mujer,
que ella es mi vida ó mi muerte.
Mi vida, si al fin rendida
entre mis brazos la veo;
mi muerte, si mi deseo
no ve su dicha cumplida.
Á Mejía la pedí
y á mi súplica accedió:
pensé alcanzarla, mas no,
que de nuevo la perdí.
¿Cómo? Sus padres murieron,
quedó Laura abandonada,
los marqueses de Moncada
sus nobles tutores fueron,
partió la niña llorosa,
maldije la estrella mia...

y hoy á Laura de Mejía
vengo á pedir por esposa.

VIOL. (Ap. y mirando fijamente á D. Juan.)
En los rasgos de esa faz
y en los ecos de esa voz...

RODRIGO. ¿Y os llamais?

JUAN. Juan de Albornoz,
segundo conde de Orgaz.

VIOL. (Levantándose con ímpetu, retrocediendo hácia la derecha como si huyese de D. Juan, y ocultando el rostro entre las manos. Á pesar de las indicaciones que preceden la actriz interpretará este momento como crea oportuno.)
¿Orgaz ha dicho?... ¡Ese nombre!...
(En voz alta.)

JUAN. En verdad que no comprendo...
(Levantándose.)

VIOL. (¡Él es, sí!... ¡yo le estoy viendo!) (Ap.)
(D. Rodrigo se dirige hácia ella y procura tranquilizarla.)

RODRIGO. Su turbacion no os asombre, (Á D. Juan.)
que el título que llevais
á su memoria presenta
de cierta noche sangrienta
la imágen.

JUAN. Si recordais
que mi padre y mi señor,
contra el comunero audaz,
tomó por asalto á Orgaz
por su rey y emperador,
que comprendereis no dudo,
sin asombro ni extrañeza,
mi título de grandeza
y el castillo de mi escudo.

RODRIGO. Cuando sepais que mi esposa
en el castillo de Orgaz,
vuelta al peligro la faz,
aquella noche horrorosa
morir á su padre vió,
y que el hierro ensangrentado
de un implacable soldado
su propio pecho rasgó,

comprendereis, señor conde,
por qué se aleja espantada
la marquesa de Moncada
y por qué su rostro esconde.

JUAN. ¡Aquella noche fatal...
ella estaba... estaba allí?
¿Y vertió su sangre?...
(Con profunda emocion y señalando á la marquesa al decir «ella».)

RODRIGO. Sí.
(D. Juan da algunos pasos hácia Doña Violante: D. Rodrigo se dirige al trofeo y toma el puñal quo limpiaba Nuño al comenzar el acto y que dejó en dicho trofeo al salir. D. Rodrigo con el puñal en la mano se acerca á D. Juan y se lo muestra.)
Ved el hierro.

JUAN. (Ap.) (¡Mi puñal!)
(D. Rodrigo vuelve á dejar el puñal en su sitio. D. Juan y Violante se miran desde léjos con expresion que los actores interpretarán como juzguen oportano.)

VIOL. (¡Es él!) (Ap.)

JUAN. (Ap.) (¡Cielo santo, es ella!
¡Otra vez en mi camino!)

VIOL. (¡Ay, por mi negro destino!) (Ap.)

JUAN. (¡Ay, por mi fatal estrella!) (Ap.)

RODRIGO. (Despues de dejar el puñal en el trofeo vuelve á colocarse entre D. Juan y Violante.)
Erais muy niño sin duda
cuando aquel puñal rasgaba
de la mujer que yo amaba
el seno, y esto os escuda.
De ese crímen, noble conde,
vuestra edad y condicion
os absuelven en razon.
Mas si vuestra casa esconde,
y esto pronto lo sabré,
al autor de tal proeza,
ó me entregais su cabeza,
ó su cabeza tendré.

JUAN. Mal van ya mis esperanzas,
y mal van mis alegrías,

si en vez de hallar simpatías,
odios encuentro y venganzas.
Acatando adversa ley
pronto me vereis partir,
mas ántes debo cumplir
la voluntad de mi rey.
De mi rey, que guarde Dios,
este pliego he recibido: (Saca un pliego.)
y al entregarlo he cumplido
mi mision, que es para vos.
(Lo entrega ceremoniosamente á D. Rodrigo.)

RODRIGO. Á cuanto en el pliego ordene
el monarca soberano
me someto de antemano.

JUAN. Ved lo que el pliego contiene.

RODRIGO. Quien es cual yo caballero
al rey debe hacienda y vida:
por mucho que el rey me pida
suyo es todo.

JUAN. Así lo espero.
(D. Rodrigo abre el pliego y lee atentamente. Pausa.)

RODRIGO. En carta para mí honrosa, (Inclinándose.)
que á doña Laura Mejía,
ahijada y pupila mia,
os conceda por esposa
me ordena el emperador.

VIOL. (Tu palabra está empeñada.)
(Ap. D. á Rodrigo.)

JUAN. ¿Y contesta el de Moncada?

RODRIGO. Que es imposible, señor.
(Con extremada cortesía y con expresion de sentimiento.)

JUAN. De obediencia haciendo alarde
os negais á obedecer.

RODRIGO. La obediencia no es deber (Con energía.)
si llega el mandato tarde.

JUAN. Del rey en nombre lo exijo.

RODRIGO. Y yo en mi nombre lo niego.
(Movimiento de D. Juan.)
Ya cedí al amante ruego...

JUAN. ¿De quién?

RODRIGO. ¿De quién?... De mi hijo!
JUAN. Pues es vuestro, bien podeis
recogerle la promesa.
RODRIGO. ¿Sólo porque á vos os pesa?
JUAN. Porque al rey obedeceis.
RODRIGO. No hay obligacion que infame:
(Con creciente vigor.)
es, conde, siempre sagrada
la palabra de un Moncada
mientras hay quien la reclame;
y no es justo, ¡vive Dios!
que los mios me hallen ménos
honrado que los ajenos
¡ni por el rey, ni por vos!
JUAN. Razon teneis: mas llamad
á Fernando, que al fin es,
como vuestro, leal: despues
ese pliego le mostrad;
y no dudeis que á su amor,
poniendo el deber por dique,
gustoso no sacrifique,
ante una ley superior,
juveniles fantasías.
RODRIGO. Es el consejo prudente.
VIOL. (Ap. á D. Rodrigo.)
(¡Vas á poner frente á frente,
las amorosas porfías
de ese insensato escuchando,
al uno y otro rival!
¿Olvidas la sin igual
fiereza de mi Fernando?)
RODRIGO. (No temas, no ha de venir.) (Ap. á Violante.)
JUAN. ¿Qué resolveis?
RODRIGO. Este pliego
mostrar á Fernando.
JUAN. ¿Y luégo?
RODRIGO. Á él le toca decidir.
Dignaos, conde, esperar,
que muy pronto he de volver.
VIOL. Y yo entre tanto he de ser
quien ocupe tu lugar;
y mostrar al conde espero

que tu ausencia nada empece
para honrar... como merece
á un tan noble caballero.
(Sale D. Rodrigo inclinándose ante D. Juan.)

ESCENA X.

DOÑA VIOLANTE, D. JUAN.

Violante, despues de seguir con la vista al marqués y de cerciorarse que ha salido, se acerca á D. Juan.

VIOL. En una noche funesta,
tras un combate sangriento,
de un incendiado castillo,
por los salones huyendo
iba una noble doncella
seguida de un escudero:
detrás la muerte y las llamas
y los vencedores ébrios.
Á una estancia donde sólo
los rayos puros y trémulos
de la luna penetraban,
llegaron ya sin aliento
la acongojada doncella
y el bravo y fiel escudero.
Despues... despues...
JUAN. Basta ya.
VIOL. Despues penetró un mancebo
con una antorcha en la mano,
humeante el desnudo acero...
JUAN. ¡No más!
VIOL. Escuchadme, conde,
y recordad.
JUAN. Bien recuerdo!
La estancia toda sombría...
pintados vidrios el hueco
llenaban de ancha ventana...
al través los mil reflejos
de la luna suspendidos
entre dos hermosos cielos:
el del espacio allá fuera,
el de una mujer adentro.

¡Perdon, señora, perdon!

VIOL. Así con lloroso acento
gritó la mujer, y en vano;
no quiso escucharla el cielo.

JUAN. Vos lo habeis dicho, señora:
estaba el vencedor ébrio:
un rayo vió de hermosura
rápido pasar huyendo,
y el alma se le abrasó
de aquel rayo con el fuego,
más que con las llamaradas
de los torreones soberbios.

VIOL. ¡Orgaz, de infamia castillo!

JUAN. ¡Orgaz, castillo funesto!
¿Por qué la ví tan hermosa
al resplandor del incendio!

VIOL. Conde...

JUAN. ¡No más, por favor!

VIOL. Es, noble conde, que quiero
hablaros de mi Fernando,
y ántes evocar debemos,
aunque en el alma nos hieran,
los vuestros y mis recuerdos.
La mujer pudo arrancar
con desesperado esfuerzo
aquel puñal que en el cinto
(Señalando el puñal del trofeo.)
llevaba el noble mancebo,
y vengador de su honra
clavólo en su propio seno.
¿Y despues, conde?... ¿Y despues?
¡que aquí la memoria pierdo!

JUAN. La levanté entre mis brazos...

VIOL. Es verdad... sí...

JUAN. Marché ciego...
llegamos á la ventana:
rompí un cristal: dió de lleno
sobre su rostro la luna:
estaba pálido y yerto:
espantado la solté:
cayó sobre el pavimento,
y sin volver la cabeza

de mí mismo salí huyendo.

VIOL. Y allí quedó una mujer
en sangre bañado el pecho:
tinieblas en rededor,
tinieblas en su cerebro,
en la ventana un cristal
roto, y allá desde el cielo
un blanco rayo de luna,
como fantástico engendro
de la noche, acariciando
con sus pálidos reflejos
de la víctima la frente
y el ensangrentado seno.

JUAN. ¿Y cómo podré borrar
mi crímen?

VIOL. Sólo hay un medio
de que olvide yo y perdone.

JUAN. ¿Cuál es?

VIOL. Arrancar del pecho
la pasion que os avasalla:
á Laura olvidar.

JUAN. No puedo:
pedidme la honra... la vida...
¡qué me importan!... Todo, ménos
el amor de esa mujer.

VIOL. Yo lo exijo... yo lo quiero...
¡Del hijo mio es la dicha!

JUAN. ¡Y qué importa el hijo vuestro?

VIOL. ¡Qué le importa!... (Conteniéndose.)

JUAN. Perdonad:
he dicho mal: me arrepiento:
sois sagrada para mí,
que fué mi crímen inmenso,
mas no pidais lo imposible.

VIOL. ¡Don Juan!...

JUAN. ¡Violante, no puedo!

VIOL. ¡Os suplico de rodillas! (Arrodillándose.)

JUAN. Alzad, señora, os lo ruego.

VIOL. ¡Así os pedía en Orgaz!

JUAN. ¡Me enloqueceis!

VIOL. ¡Por el cielo!

ESCENA XI.

DOÑA VIOLANTE, D. JUAN, FERNANDO.

Este último precipitadamente por la derecha, segundo término.

FERN. ¡Al de Orgaz tú suplicando!...
¡tú de rodillas!... ¡mi madre!
¡Alza!... ¡se acerca mi padre!...
¡Si él te viese así!...
VIOL. ¡Fernando!
por tu dicha era...
FERN. Lo sé.
¿Mas para qué suplicar
cuando te basta mandar!
(Dirigiéndose á D. Juan con fiereza.)
JUAN. ¡Arrogante sois á fe!
FERN. (Á su madre.)
Pues tan venturoso ha sido
que á sus plantas te ha mirado,
has de mirarle postrado...
¡No: por mi mano tendido
á las tuyas!
VIOL. ¡Calla!
FERN. ¡Madre!
JUAN. ¿Y cómo?
FERN. Con esta espada.
JUAN. ¿Y quién lo dice?
FERN. Un Moncada.
VIOL. ¡Calla, insensato!... ¡Tu padre!
(Señalando á la puerta de la derecha, segundo término.)

ESCENA XII.

DOÑA VIOLANTE, FERNANDO, D. JUAN, D. RODRIGO.

RODRIGO. ¿Sabeis, conde, que me exige
la palabra que le dí?
JUAN. Pienso, Moncada, que sí.
¿Y vos decis?

RODRIGO. Lo que dije.
JUAN. Pues perdonad mi porfía;
mas al partir os anuncia
el de Orgaz, que no renuncia
á doña Laura Mejía.

(D. Juan saluda y sale lentamente: al llegar á la puerta se vuelve y saluda de nuevo: D. Rodrigo le devuelve el saludo inclinándose: Fernando quiere seguirle, pero su madre le contiene.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

El teatro representa un salon de la casa de Moncada inmediato al jardin, con el cual comunica por una gran puerta situada en el fondo, y cuyos árboles se distinguen vagamente en la oscuridad de la noche. Á la derecha del espectador dos puertas; la de primer término conduce á las habitaciones de Laura; la de segundo término á las de los marqueses. Á la izquierda del espectador, y en segundo término, otra puerta mayor que las dos anteriores, y que se supone en comunicacion con el vestíbulo. La puerta del fondo estará abierta constantemente, y de vez en cuando se distinguirá el follaje con más claridad, como si lo hubiese iluminado la luna

Contra el muro de la izquierda, y en primer término, un enorme banco-arcon de madera labrada, con brazos, alto respaldo y escudo en el centro; sobre él algunas armas y objetos para limpiarlas y bruñirlas como arrojados al azar: ademas dos bandas. Á la derecha, primer término, una mesa y sobre ella una lámpara encendida, objetos de labor, un libro y recado de escribir; dos sillones junto á dicha mesa; dos taburetes á la izquierda.

ESCENA PRIMERA.

BRÍGIDA, observando por la puerta del fondo.

Nada se oye en el jardin:

es la noche muy oscura:
oculta por la espesura
de aquella alameda al fin
está la puerta por donde
entre sombras ha salido:
en buena nos ha metido
ese condenado conde.
Mucho tarda: el tiempo vuela:
¡digo... si viene Moncada
y averígua que tapada
se fué por la callejuela,
sin escudero y sin paje,
sin litera y sin lacayo,
así como de soslayo
y por detrás del ramaje!...
¡Á cada una de las tres
nos va á dividir en dos!
¡Del conde líbrenos Dios...
y primero del marqués!
La pobre Laura aún ignora
lo que al despuntar el dia
se prepara... ¡Vírgen mia!
mas lo supo la señora...
¡Dicen todos á una voz,
que mañana sin remedio
se parten de medio á medio
Fernando y el de Albornoz!...
No sé si es cierta la cosa,
mas cuando oigo una noticia,
sin que esto arguya malicia,
y sí ciencia provechosa
adquirida con la edad,
á mi costa y á la ajena,
digo: «mentira,» si es buena;
si es mala, digo: «verdad.»
Un ejemplo: cierto dia
dicen que se ha desprendido
un paredon y ha cogido
á mi Lúcas: «¡Vírgen mía!...»
grito y me gritan al punto
que en el hueco que ha dejado
un tesoro se ha encontrado.

¡Corro!... y estaba el difunto
y el hueco, pero no el oro;
y resulta en conclusion
cierto lo del paredon,
y falso lo del tesoro.

ESCENA II.

DOÑA VIOLANTE, BRÍGIDA.

BRIGIDA. (Asomándose de nuevo á la puerta del jardin y escuchando atentamente.)
¡Por vida de Barrabás!
¡Si llega Moncada!... ¡Al fin!...
¡Pasos oigo en el jardin!
Es ella...
(Doña Violante aparece en la puerta del fondo, y se detiene apoyándose en el muro como rendida por la emocion y el cansancio.)
VIOL. No puedo más.
(Brígida le quita el manto con presteza. Doña Violante se adelanta y contesta como distraida á las preguntas de la dueña.)
BRIGIDA. ¿Era cierto?
VIOL. Cierto á fé.
BRIGIDA. ¿Mañana se baten?
VIOL. No.
BRIGIDA. ¿Quién ha de impedirlo?
VIOL. Yo.
BRIGIDA. ¿Pero cómo?
VIOL. No lo sé.
BRIGIDA. ¿Fuisteis á su casa?
VIOL. Sí.
BRIGIDA. ¿Le visteis?
VIOL. No estaba ya.
BRIGIDA. ¿Pero vendrá?
VIOL. No vendrá.
BRIGIDA. ¿Y al de Albornoz?
VIOL. No le ví.
BRIGIDA. ¿Y ha de ser?...
VIOL. Cuando la aurora
aparezca por oriente.

BRIGIDA. ¡Qué juventud, Dios clemente!
¿Y dónde riñen?
VIOL. Se ignora.
BRIGIDA. ¿Es decir que no hay manera?...
VIOL. ¿No ha de haberla, desdichada?
Yo le arrancaré la espada
de la mano cuando quiera.
BRIGIDA. ¿Tanto podeis?
VIOL. ¡Sí por Dios!
BRIGIDA. ¡Desarmar la mano impía!...
¿pero de quién?
VIOL. ¡Todavía! (Con enojo.)
De cualquiera de los dos.
Basta ya de preguntar.
BRIGIDA. Es natural interés.
VIOL. Pronto volverá el marqués...
calla... déjame pensar.
(Doña Violante muestra gran agitacion y al fin, despues de vacilar algunos instantes, se sienta á la mesa.)
¡Es preciso!... ¡valor!... ¡sí!
¡perder no puedo un momento!...
¡se me escapa el pensamiento!...
(Se prepara á escribir, pero ántes de empezar se vuelve hácia Brígida.)
Tú, no te muevas de allí.
(Señalando hácia la puerta de la izquierda.)
BRIGIDA. En su rostro lleva escrito
el dolor... ¡pobre señora!
VIOL. Antes que llegue la aurora
ver al conde necesito.
Mañana fuera ya tarde...
¿por qué tiemblas, corazon?
¡Escoges buena ocasion
para mostrarte cobarde!
(Al fin se decide y comienza á escribir.)
BRIGIDA. El llanto baña su tez.
VIOL. «¡Conde, por la honra perdida
»de nuevo os pido la vida
»ó la muerte de una vez!»
¡Qué ruido es ese? (Volviéndose.)
BRIGIDA. No es nada.

Aquí estoy yo vigilando.

VIOL. ¡He de salvar á Fernando
aunque me mate Moncada!
(Sigue escribiendo.)
«Veros quise y no he podido
»esta tarde. Lo sé todo.
»De salir no encuentro modo
»porque espero á mi marido.»
¿Vienen?

BRIGIDA. No. Poned el fin.
Yo vigilo; descuidad.

VIOL. (Escribiendo.)
«Llave os mando: penetrad
»por la puerta del jardin.
»Devolved al mensajero
»este papel. No es que dude
»de vos, conde: mas acude
»á mi mente terco y fiero
»enrojeciendo mi faz
»el recuerdo de mi esposo
»y el recuerdo vergonzoso
»de mi deshonra en Orgaz.» (Pausa.)
Se confunde mi razon...
¿Me queda algo por decir?...
(Escribiendo.) «Una luz vereis lucir
»en la puerta del salon.» (Nueva pausa)
¡Olvidé en mi aturdimiento
decirle que es á las doce!

BRIGIDA. ¿Acabais?

VIOL. ¡Bien se conoce
toda la angustia que siento!
(Escribiendo.) «Á las doce, despues no...
»vuela el tiempo y fuera tarde:
»Dios vuestra existencia guarde
»mejor que á mí me guardó.»
Brígida...

BRIGIDA. ¿Señora?...

VIOL. Ven:
toma esta carta.

BRIGIDA. La tomo.

VIOL. Ahora el manto.

BRIGIDA. ¡El manto? ¿Cómo?

¿he de ser yo misma quien?...

VIOL. Es preciso.

BRIGIDA. ¡Está lloviendo!

(Acercándose á la puerta del fondo.)

VIOL. Vive muy cerca el de Orgaz.

BRIGIDA. ¡Del Cristo divina faz!

VIOL. Esta carta...

BRIGIDA. Ya lo entiendo.

(Ap.) (Por entenderlo no queda:
si queda será sin duda
porque con mi ingenio acuda
al remedio, y como pueda...)
¡El marqués!...

(Mirando por la puerta de la izquierda y ocultando la carta.)

ESCENA III.

DOÑA VIOLANTE, D. RODRIGO, BRÍGIDA, NUÑO.

D. Rodrigo y Nuño por la izquierda, en traje de calle, precedidos de dos criados con luces y seguidos de otro tercer criado: estos se detienen en la puerta. El marqués y Nuño dan los sombreros y las capas al último criado, que desaparece por la izquierda. El marqués da su espada á Nuño y se acerca á Doña Violante.

RODRIGO. ¡Violante!

VIOL. ¡Esposo!

RODRIGO. ¿Estás inquieta?

VIOL. No á fé.

RODRIGO. ¿Tiembla tu mano?

VIOL. No sé...

RODRIGO. Ven, necesitas reposo.
(Ap.) (Que todo lo sabe infiero.
Tiembla por Fernando... Es madre.
Lucha en mí el amor de padre
con la honra del caballero.)
Sígueme. (Á Violante en voz alta.)

VIOL. Rodrigo...

RODRIGO. (Cogiéndole una mano.) ¿Ves?...
¡te abrasa la calentura!

VIOL. De ese jardin la frescura...

RODRIGO. Bien, bajaremos despues.
Y cerca de esa enramada
los dos y Laura, y á más
Brígida y Nuño, verás
cuán alegre es la velada.
(D. Rodrigo y Violante salen por la derecha, segundo término, precedidos de los dos criados con luces. Nuño, siempre con la espada del marqués en la mano intenta seguírles: Brígida le detiene.)

ESCENA IV.

BRÍGIDA, NUÑO.

BRIGIDA. Escucha, Nuño, un instante.
Va bien sin tí don Rodrigo,
y va bien sin ir conmigo,
mientras va con él Violante.
NUÑO. (Dejando la espada del marqués sobre el banco de la izquierda.)
¿Qué me quieres?
BRIGIDA. Un favor
pedirte. ¿Ves esta carta?
(Le muestra la de Violante.)
NUÑO. Sí.
BRIGIDA. (Dudando.) Pues bien...
NUÑO. Tu historia ensarta.
BRIGIDA. Hay que llevarla ó un señor. (Con misterio.)
NUÑO. (Tomando la carta y mirando el sobre. Despues se la devuelve á Brígida.)
Del nombre se han olvidado.
BRIGIDA. No importa, yo sé quién es.
NUÑO. Puede llevarla Garcés.
BRIGIDA. Es asunto reservado ..
de una mujer.
NUÑO. ¿Y se llama?...
¿Laura sin duda?
BRIGIDA. Perdona:
mi lengua nunca pregona
los secretos de una dama.
Ni de nadie... No es prudente.
Callo aunque el callar me hastíe.

Aquel que de mí se fie
que con mi silencio cuente.
Yo no hablo á tontas y á locas
¡soy un sepulcro!

NUÑO. Lo creo:
que siempre una momia veo
enterrada en esas tocas.

BRIGIDA. ¡Tengamos la fiesta en paz!

NUÑO. ¡Paz á los muertos!

BRIGIDA. ¡Peralta!

NUÑO. Ya me callo. Pero falta
saber quién es.

BRIGIDA. (Con misterio.) El de Orgaz.

NUÑO. ¿Qué dices! ¿El conde!

BRIGIDA. Justo.

NUÑO. ¡Que me place, vive Cristo!
jamás de cerca le he visto.

BRIGIDA. Pues te he dado por el gusto.

NUÑO. Esta roja cicatriz
cuentas atrasadas tiene
con esa casa y conviene...
En fin, iré.

BRIGIDA. ¡Soy feliz!

NUÑO. Y á Moncada el de Albornoz
hace pensar en Orgaz:
así lo dice su faz
aunque lo calle su voz.

BRIGIDA. Pues mejor á lo que entiendo
si á tu señor interesa.
¿Él mismo te ha dicho?... (Con curiosidad.)

NUÑO. Cesa.
Él no me habla: yo comprendo. (Pausa.)
Á media tarde salimos:
en silencio caminamos,
á Madrid atrás dejamos
y al sol ocultarse vimos.
Los celajes de occidente
más y más palidecían,
y en el cielo aparecían
las estrellas lentamente.
Un triste y lejano son
llegó en las alas del viento:

de la torre de un convento
quizá el toque de oracion.
Detuvimos nuestro paso,
descubrimos nuestra frente,
el toque espiró doliente,
la luz se extinguió en ocaso.
Esta roja cicatríz
mirando estuvo el marqués:
miró este puñal despues
y de la sangre el matiz
tiñó su faz. Nada hablamos:
la cabeza nos cubrimos,
á Madrid la vuelta dimos
y ya de noche aquí entramos. (Pausa.)

BRIGIDA. Bueno, sigue; ya te escucho.
Sé que te miró Moncada.
¿Y despues?

NUÑO. No ocurrió nada.

BRIGIDA. ¿Conque eso es todo?

NUÑO. Y es mucho.
Aunque nada nos digamos
callando nos entendemos,
que en la mirada ponemos
lo que á la lengua negamos.
Venga esa carta. De paje
haré y de dueña.

BRIGIDA. Pues toma.

NUÑO. Veré al de Albornoz, y á Roma
por todo.

BRIGIDA. Vaya, buen viaje.

NUÑO. (Volviendo desde la puerta y con cierta malicia.)
¿Es de Laura? (Mostrando la carta.)

BRIGIDA. ¡Por mi fe!

NUÑO. ¡Quizá ruega al de Granada
que no le dé una estocada
á su Fernando?

BRIGIDA. (Con mal humor.) No sé.
(Sale Nuño por la izquierda.)

ESCENA V.

BRÍGIDA.

Y luégo dicen que gruño:
¿pues no he de gruñir con Nuño!
¡qué pesado y qué curioso!
No quisiera yo un esposo,
aun cuando me hiciera falta,
como Nuño de Peralta.

—

Pero en fin despues de todo
yo me lo arreglé de modo
que hice cuanto quise de él,
porque en el fondo es fiel,
y bonachon y sencillo,
y me sirvió el pobrecillo.

—

Cierto que en lo testarudo
que haya otro cual Lúcas dudo.
El maldito paredon
le aplastó sin compasion
todo ménos la cabeza,
que la dejó en una pieza.

—

Era mucho hombre ¡ay de mí!
Desde el punto en que perdí
de su regazo el calor,
de mi viudez al dolor
comprendí lo que valía,
que ántes no lo comprendía.

—

Un murallon ¡ay mi Dios!
se interpuso entre los dos:
una eternidad de llanto
en forma de cal y canto.
¡Y pensar que no hay remedio
estando pared por medio!

—

Pasos oigo: vuelve ya.
¿Será Nuño? Sí será:

como que el dichoso conde
buscó casa desde donde
contemplar la de su amor.
¡Qué posma es el buen señor!

ESCENA VI.

D. FERNANDO, BRÍGIDA, NUÑO.

BRIGIDA. Nuño... (Saliéndole al encuentro.)
¡Don Fernando!
(Deteniéndose al verle.)
FERN. (Á Brígida.) Vete.
BRIGIDA. Mal tropiezo tuvo, malo.
FERN. ¿Qué aguardas? Vete te digo.
BRIGIDA. Obedezco... (Ap.) (¡Es un leopardo!)
(Sale Brígida por la derecha primer término.)

ESCENA VII.

D. FERNANDO, NUÑO.

FERN. (Á Nuño.) El fingimiento es inútil.
Desde que el sol en ocaso
hunde su frente rojiza,
hasta que encienden sus rayos
arreboles de la aurora,
¿por ventura ignoras, cándido,
que girasol de una bella
de su reja no me aparto,
y que desde allí del conde
la noble morada guardo?
En ella entrar yo te he visto
y salir al breve rato.
¡Mal oficio para viejo!
¡mal oficio para hidalgo
tomaste por vida mia!
NUÑO. ¡Que tal escuche!
FERN. ¡Villano!
NUÑO. ¡Órdenes cumplí!...
FERN. ¿De Laura?
NUÑO. La carta que me entregaron...

FERN. ¡Una carta dices, Nuño?
NUÑO. ¡Mal haya mi torpe labio!
FERN. ¡Es inútil que lo niegues!
NUÑO. ¡Yo negar? Lléveme el diablo
si sirvo para estas cosas.
Brígida es quien me ha entregado
ese papel; pero creo
que fué de Laura el encargo.
FERN. Dame la respuesta.
NUÑO. ¡Yo!
FERN. Pues hubo carta, es bien llano
que respuesta habrá.
NUÑO. No sé...
FERN. ¡Lo exijo!
NUÑO. En verdad...
FERN. ¡Lo mando!
Pues ella ha de ser mi esposa,
tengo derecho sobrado...
mas qué me importa, si tengo
mejor derecho en mi brazo
y en este hierro que voy
á hundirte, viejo menguado,
en la garganta, si al punto
no obedeces mi mandato.
NUÑO. Señor... señor... de mis canas...
FERN. De tus canas más despacio
hablaremos. Pero dame...
¡dame el papel entre tanto!
(Le coge violentamente: Nuño le mira tranquilo y sereno.)
NUÑO. Porque pedirlo podeis,
señor... porque debo darlo,
no porque tema morir,
voy á ceder.
FERN. ¡Pronto!
(Nuño le entrega un papel, que él coge ansiosamente.)
¡Al cabo! (Pausa.)
¡Ya lo tengo y aún vacilo!
¡Valor, corazon menguado!
(Leyendo.) «Á mi poder llegó luégo
»la carta, y mal me juzgais

»si por ventura pensais
»que desatentado y ciego
»no he de escuchar vuestro ruego.
»Fuera portarme cual ruin,
»y soy caballero al fin.
»Á las doce, recatado
»entraré, perded cuidado,
»por la puerta del jardin.»

(Fernando se detiene y muestra en todos sus ademanes la profunda emocion de que está poseido. Sigue leyendo despues de una breve pausa.)

«Para obligarme, señora,
»invocais la honra perdida...»

(Fernando da un grito terrible: se detiene, vuelve á leer y acaba la carta con ansiedad creciente.)

«Bien sabe Dios que la vida
»diera por borrar ahora
»el crímen de aquella hora
»en que nubló vuestra faz,
»por insensato ó audaz
»con niebla de deshonor
»y con llanto de dolor
»eterno... El conde de Orgaz.»

(El actor interpretará este momento como crea oportuno.)

NUÑO. ¿Qué teneis?... ¡qué palidez!
¡esa carta!... ¡Don Fernando!...
¡Mi dueño?... ¡No me responde!
¡tiemblan convulsos sus labios!

FERN. ¡Silencio!

(El reloj de una torre da once campanadas.)

NUÑO. Pero, señor...

FERN. Calla, Nuño... ¿qué hora ha dado?

NUÑO De la torre de San Justo
el eco triste y lejano
por entre sombras y calma
once campanadas trajo.

FERN. ¿Once no más? Imposible.
Es media noche. Hace rato
que la corneja graznó
en el viejo campanario.
¿No ves el cielo qué oscuro?

¿No ves bajarse mis párpados?
Es por el peso del sueño,
no es por el peso del llanto.
Son las doce, no lo dudes.
(Ap.) (¡Cómo no, si les aguardo?)
¿Lo niegas? Pues mira, terco...
(Le lleva por un brazo hasta la puerta de la derecha primer término y le obliga á mirar hácia el interior.)
¡Mira... mi Laura... mi encanto!
¡Ella viene!... ¡Son las doce!
¡Calla, corazon menguado...
calla... que nada sospeche
ó te arranco con mis manos!

ESCENA VIII.

DOÑA VIOLANTE, LAURA, FERNANDO, D. RODRIGO.

Doña Violante y D. Rodrigo por la derecha segundo término; Laura y Brígida por la derecha tambien primer término.

VIOL. ¡Hijo del alma!
FERN. ¡Mi madre!
RODRIGO. (Á Fernando.) ¿Así cumples mi mandato?
FERN. Pues de enojaros no trato;
voy á retirarme, padre.
(Hace un movimiento para salir.)
RODRIGO. Espera. (Ap.) (No sé por qué
hoy me duele ser severo.
Si mañana el hado fiero
fatal le fuese... No á fé,
no está bien mostrar enojos
cuando no los siento ya,
cuando le miran quizá
por última vez mis ojos.
(En voz alta y casi cariñosa.)
Ven, Fernando; de esta casa
que es tu casa solariega,
nadie la entrada te niega
con justa medida y tasa,

como lo exige el deber,
que es el freno del amor,
como lo exige el honor
de quien va á ser tu mujer.
Deten el paso y reposa
aquí en honesta velada,
junto á tu madre adorada
y á tu prometida esposa.

(D. Fernando deja la capa y el sombrero en un sillon inmediato á la puerta de la izquierda. Los actores se colocan en el órden siguiente: D. Rodrigo y Doña Violante en los dos sillones que están junto á la mesa. Laura y Fernando en los dos taburetes. Brígida y Nuño en el gran banco de madera de la izquierda. Laura borda la banda roja; Nuño limpia la espada de D. Rodrigo; Brígida saca un libro de rezos; Doña Violante mira con inquietud y ansiedad á la dueña.)

NUÑO. Dame.
(Á Brígida: ésta le da un paño ú otro objeto cualquiera.) Gracias.

BRIGIDA. Y al acero
otra vez.

NUÑO. (Limpiando el hierro.)
Es mi aficion.

BRIGIDA. Natural ocupacion
en un tan buen escudero.

NUÑO. Vamos, Brígida, á tener
una velada famosa,
aunque no suceda cosa
que no sucediera ayer.
Yo la tajante á bruñir,
los chicos á enamorar,
los padres á vigilar,
y las dueñas... á dormir.

VIOL. (Ap.) (No pude á Brígida yo
preguntar... ¡siempre Rodrigo!)

BRIGIDA. (¿Conque la carta?...) (Ap. á Nuño.)

NUÑO. (Ap. á Brígida.) (Te digo
por cuarta vez que llegó.)

LAURA. (Ap.) (¿Por qué no fija sus ojos
en los mios?) (Alto.) ¡Ay de mí!

FERN. (¿Por qué suspiras así?) (Ap. á Laura.)
LAURA. Por tus enojos.
FERN. ¡Enojos!
Velada es esta en verdad (Levantando la voz.)
que ensancha mi corazon:
mira allí nuestra ilusion
(Señalando á sus padres.)
convertida en realidad.
Amor en la juventud
confundió sus corazones,
del cielo las bendiciones
de amor hicieron virtud,
la muerte al fin sin piedad
querrá separar sus vidas;
pero á sus almas unidas
les queda la eternidad.
Bendigamos á la suerte
que tal dicha nos prepara:
unámonos en el ara
por la vida y por la muerte;
tú con esposo leal
y yo con esposa pura...
¡no temas... es ya segura
nuestra dicha terrenal!
(Con sarcasmo mal contenido.)
LAURA. ¡Esa mirada... ese acento!
VIOL. Eres injusto, Fernando...
RODRIGO. ¿Por qué razon, cómo ó cuándo?...
FERN. ¡Porque me embriaga el contento!
Pero escucha, Laura mia;
si por aquella á quien ama,
cuando es honrada la dama,
toda su sangre daría
este pobre corazon,
bendiciendo su destino,
¡ay si encuentra en su camino
una sombra de traicion!
LAURA. ¡En confusiones me pierdo
al escucharte!
FERN. No es nada.
Es que miro aquella espada
que limpia Nuño, y recuerdo

que mi padre me contó
una historia de amargura
que la limpia empuñadura
por muchos años guardó
en su centro taladrado.

RODRIGO. Es la historia provechosa.

FERN. Por lo ménos es curiosa.

BRIGIDA. ¿Y hace mucho que ha pasado?

FERN. Mucho.

BRIGIDA. Déjame mirar
ese extraño hierro, Nuño.

FERN. Pero el misterioso puño
aún se puede aprovechar.

RODRIGO. Ocupar puedes á fé
aquesta alegre velada,
refiriendo de mi espada
el orígen.

FERN. Sí lo haré.

BRIGIDA. ¿Será una historia de amor? (Á Nuño.)

NUÑO. Yo no sé lo que será.

RODRIGO. Comienza la historia ya.

NUÑO. (Limpiando el hierro.)
No hay otro acero mejor.

(Pausa. Despues Fernando comienza la historia. El marqués toma un libro de sobre la mesa y lee atentamente hasta el final de la escena. Laura sigue su labor, que á veces interrumpe, para oir á Fernando. Nuño continúa bruñendo la espada de su señor. Doña Violante se muestra inquieta: ya vuelve la vista hácia el jardin, ya mira con afan á Brígida.)

FERN. Cuenta una historia olvidada
que cierta bella Beatriz
y un don Álvaro Moncada,
para ella en hora infeliz,
para él en hora menguada,

—

casaron allá en Sevilla;
y era su amor tan ardiente,
que si cruzaban la villa
les señalaba la gente
como á humana maravilla.

Mas todo acaba en el mundo:
en todo se puede hallar
término, y término inmundo:
¡que fondo tiene hasta el mar
con ser el mar tan profundo!

—

Le veis tranquilo y sereno,
y creyérais con trabajo
que no es de cristal su seno;
¡pues de ese cristal debajo
hay doble fondo de cieno!

—

Mas por Dios que mi memoria
es ya sobrado infeliz:
volvamos á nuestra historia
y á nuestra hermosa Beatriz,
hermosa como una gloria.

—

Del rey moro de Granada,
cierto príncipe andaluz
llegó con una embajada,
bello cual ángel de luz,
al palacio de Moncada.

—

Á Beatriz enamoró,
mas siempre la halló cruel;
la embajada terminó,
y desdeñado el infiel
á Granada se tornó.

—

¡Mas qué extraño es el destino!
¿Por qué Beatriz escondía
en su camarin divino
una carta que tenía
del príncipe granadino?

—

Probaba la carta aquella,
carta que escribió al partir,
que de la cristiana bella
jamás consiguió rendir
el corazon su querella.

—

Pero es cosa averiguada
que á veces en el jardin
bajo una espesa enramada,
y otras en su camarin
lánguidamente inclinada;

—

y muchas tras de la reja
cuando la luz de la luna
el Guadalquivir refleja,
de aquel papel sin fortuna
buscaba la eterna queja.

—

Era una noche: miraba
tras la reja, cual solía,
la luna que se elevaba:
la carta á veces leia,
y leyéndola lloraba.

—

Una mano de repente
asió el papel misterioso,
dió un grito la delincuente,
y al volverse, de su esposo
se halló Beatriz frente á frente.

—

De lo que entre ambos pasó
no llegó al mundo ni un eco,
mas la marquesa... murió.
Con la empuñadura en hueco
don Álvaro hacer mandó

—

en Toledo el hierro aquel
que veis en manos de Nuño;
y refirió un paje infiel
que vió á Moncada en el puño
meter sangriento un papel.

—

Despues marchóse á la guerra,
y en una ruda batalla
en la granadina tierra,
sin casco y rota la malla,
á un moro ven que se aferra.

—

Y aunque el moro era valiente,
le arroja sobre un terruño,
le mira fijo y ardiente,
y de aquella espada el puño
le hunde en la sangrienta frente.

—

Y aquí agrega el narrador,
que desde aquella jornada,
todo Moncada en rigor
en el puño de su espada
lleva el sello de su honor.

—

LAURA. Triste es la historia y sombría.
FERN. (Á Laura.) Está palida tu tez.
BRIGIDA. (Ap. á Nuño.)
(¿Conque la carta?...)
NUÑO. ¡Otra vez!
(Ap.) (No digo esta boca es mia,
pues respuesta no me exige.)
BRIGIDA. (Ap. á Nuño.)
(Ya estará la dama ansiosa.)
VIOL. (En voz alta.) Me fatiga hallarme ociosa.
La banda azul... (Á Brígida.)
BRIGIDA. (Á Nuño.) ¿No lo dije?
NUÑO. (Ap.) (¡Y que era Laura pensé!
¡Es Violante!)
(Brígida se levanta, despues de tomar en el banco una banda azul y con ella se aproxima á Doña Violante. D. Rodrigo entre tanto sigue leyendo.)
VIOL. (Á Brígida en voz muy baja.) ¿Fuíste?
BRIGIDA. (Lo mismo á Doña Violante.) Fuí.
VIOL. ¿Y te contestó?
BRIGIDA. (Resueltamente despues de dudar algo.) Que sí.
(Se separa de Doña Violante y vuelve hácia su asiento.)
Lo que contestó no sé
que respuesta no ha traido.
NUÑO. (Á Brígida con interés, saliéndola al encuentro.)
¡Fué Violante?
BRIGIDA. ¡Por piedad!...
¡yo nada he dicho!
NUÑO. (Insistiendo.) ¡Es verdad?

BRIGIDA. ¿Pues cómo lo has conocido?
(Pequeña pausa.)

RODRIGO. (Bajando el libro abierto.)
¡Una famosa jornada
y una cimitarra dura!
(Se queda meditando algunos momentos; despues cierra el libro, lo deja sobre la mesa y se levanta.)
Aquí acaba la aventura
y aquí acaba la velada.
(Todos se levantan.)

VIOL. (Desde su sitio.)
Adios, Fernando, hijo mio;
de retirarnos ya es hora.

NUÑO. (Ap. y desde su sitio tambien.)
(¿Será cual Beatriz traidora?)

LAURA. (Á Fernando.) ¿Por qué muestras tal desvío?

FERN. (Á Laura.) ¡Desvío! ¡Vanas quimeras!
Siempre tu sombra seré,
y has de verme... ¡por mi fe!...
(Ap.) (¡hasta cuando no quisieras!)
(Fernando se separa de Laura y se acerca á su madre y ésta á él; Nuño viene á buscar á D. Rodrigo como para recibir órdenes; Laura se aproxima á Brígida. De este modo los personajes forman tres grupos: en el centro Doña Violante y Fernando, á la derecha D. Rodrigo y Nuño, á la izquierda Laura y Brígida.)
(Ap. á Doña Violante.)
¡Adios, mi madre querida,
limpio espejo en que me veo,
único ser en quien creo,
única fé de mi vida!
(Se separa de su madre, se despide de D. Rodrigo, se dirige á la puerta de la izquierda, toma la capa y el sombrero y se detiene observando. Nuño se aparta hácia la derecha aproximándose á la segunda puerta.)

VIOL. (Ap. y haciendo un movimiento para seguir á Fernando.)
Si mi súplica...
No á fe: (Deteniéndose.)

fuera inútil; yo deliro.

NUÑO. (Desde la puerta de la izquierda, segundo término.)
Alumbrad, Garcés, Ramiro...

RODRIGO. Laura... (Despidiéndose de ella.)

LAURA. Madre... (Acercándose á Doña Violante.)

FERN. (Ap.) (¡Volveré!)

(Garcés y Ramiro aparecen con luces en la segunda puerta de la derecha, y por ella salen, precedidos de aquellos, D. Rodrigo y Violante. Laura y Brígida salen igualmente por la derecha primer término. Fernando espera á que todos se retiren y entónces cautelosamente pasa al jardin; al desaparecer por la puerta del fondo es cuando dice «¡Volveré!»)

ESCENA IX.

NUÑO.

Se dirige lentamente al banco de la izquierda, toma la espada de D. Rodrigo y queda algunos momentos pensativo. Sin soltar la espada saca la carta de Doña Violante del pecho.

Esta es la carta. (Pausa.) Me fué
devuelta al fin por el conde,
y en ella pronto sabré
si el secreto que ella esconde
es el que siempre pensé.
(Se prepara á abrir la carta, mas se detiene como dominado por una nueva idea.)
¿Pero qué intentas, villano?
¿Por que arde en tu fantasía
un pensamiento liviano;
prenda que á tí se confía,
vas á violar por tu mano?
(Nueva pausa: hace un movimiento para salir por la derecha,)
Devolveré á esa mujer
aquesta carta fatal.
¿Pero es este mi deber?

(Deteniendose de nuevo.)
Si fuese ella criminal
su cómplice vengo á ser.

—

Basta ya de ruin temor,
y basta de necio empeño;
pues se trata de su honor,
y es su esposo y es mi dueño,
¡esta carta á mi señor!
(De nuevo se prepara á salir.)

—

(De nuevo se detiene.)
Mas si aquí está demostrada
la mancha de esa infeliz,
y él la ve... ¡Vírgen sagrada!
¡va á morir como Beatriz
á las manos de Moncada!

—

¿Dónde, papel que maldigo,
ocultarte; dó tenerte
que no te tenga commigo,
que el marqués no pueda verte...
y que te lleve consigo?

—

(Hablando con la espada.)
Hierro noble, limpio y duro
vengador de aquel Moncada,
¿sabes de un sitio seguro
en donde una mano honrada
esconda un secreto impuro?

—

Voy á descubrir si es él
el de la noche fatal;
y entre tanto, hierro fiel,
en tu puño de metal
guarda, guarda este papel.

—

Pero hasta el punto feliz
en que yo muestre al traidor
esta roja cicatriz,
no digas á tu señor
que es Violante otra Beatriz.

(Guarda el papel en la empuñadura de la espada y sale llevándose la luz que hay sobre la mesa. La escena queda sola y á oscuras por breves instantes.)

ESCENA X.

DOÑA VIOLANTE.

Sale por la derecha, segundo término, lentamente y con una luz: despues de mirar á todas partes cierra la puerta y deja la luz sobre la mesa.

Nadie. (Suenan doce campanadas.)
Las doce. ¿Vendrá?
(Acercándose á la puerta del fondo.)
Todo calla en el jardin.
Silencio y sombras. Al fin...
¿se abrió una puerta?... ¿será?
Algo se mueve allí enfrente...
Es que el viento agitó el sauce. (Pausa.)
¿Qué rumor?... (Escucha con afan.)
Es que en el cauce
murmura el agua corriente.
Todo la noche lo esconde
bajo su negro capuz.
Olvidé poner la luz...
(Toma la luz, vuelve á la puerta del fondo y levanta la luz en alto.)
Pasos oigo... al fin...
(Retrocede hasta la mesa. El conde de Orgaz aparece en la puerta del fondo y en ella se detiene.)
El conde.

ESCENA XI.

DOÑA VIOLANTE, D. JUAN.

JUAN. Vengo á cumplir mi promesa.
(Doña Violante apaga la luz y retrocede instintivamente algunos pasos.)
(En voz baja.) Matais la luz y quedamos...

VIOL. Bien entre sombras estamos.
JUAN. Como os agrade, marquesa.
Señora... (Da algunos pasos.)
VIOL. Conde, apartad.
JUAN. ¿Dónde estais, que marcho ciego?
VIOL. Se puede escuchar un ruego
léjos y en la oscuridad
cuando benigno se escucha,
señor don Juan de Albornoz,
que es muy vibrante la voz
de una madre cuando lucha
por salvar la amenazada
vida del hijo que adora.
JUAN. Todo lo sabeis, señora.
VIOL. Al palacio de Moncada
os hice venir á vos:
si todo no lo supiera
¿de noche y de tal manera
nos halláramos los dos?
JUAN. ¿Qué me pedis?
VIOL. Que á ese duelo
renuncieis, y que salgais
de Madrid.
JUAN. No me pidais
lo imposible.
VIOL. ¡Por el cielo!
JUAN. ¡Yo cobarde!
VIOL. (En voz muy baja, desde lejos, suplicante y cruzando las manos.)
¡Por la cruz!
JUAN. ¡Ved que mi honra me pedís!
VIOL. (Sin poder contenerse, alzando la voz y marchando resueltamente hácia D. Juan.)
¡De honra hablais?... ¡honra decís?...
(Llegando hasta el conde.)
¡Mal hice en matar la luz!
¡Veros quisiera la faz!...
¡Sin pedirme la honra mia
la tomó vuestra osadía
en el castillo de Orgaz!
JUAN. ¡Soy un infame!... ¡Lo soy!...
¡Haceis bien en maldecirme!

¿Pero qué podeis pedirme
cuando la existencia os doy?
Yo os lo juro por mi fe;
aun á costa de mi vida
mi espada jamás vencida
de su pecho apartaré.

VIOL. Os creo... su vida... sí...
respetará vuestra diestra;
¡pero ay! ¿y la vida vuestra?

JUAN. ¿Y qué os importa de mí? (Con extrañeza.)

ESCENA XII.

DOÑA VIOLANTE, D. JUAN, FERNANDO.

Éste aparece en la puerta del fondo sin capa y sin sombrero, ó los arroja al jardin, y se detiene sondeando las sombras con afan.

FERN. (Ap.) (En el fondo del salon
sombras agitarse veo...
¡De tanto gozo, yo creo
que hoy me salta el corazon!
(Avanza lentamente hácia Doña Violante y Don Juan, que deben hallarse en primer término.)
¡Él y la mujer liviana!...
¡Él resiste y ella implora!...
¡Y llora!... ¡Llora, traidora,
que no llorarás mañana!)
(Se acerca cada vez más.)

VIOL. (En voz muy baja.)
¡Cruzar con él vuestro acero!
¡Os digo que es imposible!
¡Os digo que fuera horrible!

FERN. (Desnudando el puñal.)
¡Los dos!... ¿pero cuál primero?

VIOL. (Á D. Juan, con voz apagada.)
¡Me haceis apurar las heces
del cáliz de la amargura!

FERN. (Ya muy cerca de Violante, se detiene y procura ver, pero sin conseguirlo.)
(Ap.) (¡Es la noche tan oscura!...)

(Da algunos pasos más y cage violentamente á su madre por un brazo.)

¡¡Pero al fin!! (Con voz terrible.)

VIOL. (Da un grito inarticulado y dice para sí, con expresion que sólo á la actriz es dado interpretar.)

(¡¡Jesús mil veces!!)

(Doña Violante procura desprenderse: Fernando la sujeta: D. Juan vaga por la oscuridad. En toda esta escena gran rapidez: el grito de Fernando «¡¡Pero al fin!!», el de Violante y lo que sigue, casi simultáneo.)

FERN. (Á gritos terribles.)

¡Hola... venid... despertad!...

¡Mis gentes todas arriba!...

JUAN. ¡No será mientras yo viva!...

FERN. ¡Mi venganza presenciad!...

¡No te irás!... (Á su madre.) ¡Sufre tu cruz!..

¡Don Juan, no huyais!...

(Á su madre, hablándola de muy cerca y oprimiéndola entre sus brazos con frenesí.)

¡Quiero verte!

¡Y á él tambien... al daros muerte!

¡Acudid todos! ¡Ya!... ¡Luz...

ESCENA XIII.

DOÑA VIOLANTE, FERNANDO, D. JUAN, LAURA, con una luz en la mano por la derecha primer término. Da algunos pasos y se detiene.

FERN. (Sin soltar á su madre.)

¡Laura!... ¡Imposible!...

(Se vuelve hácia Violante; ésta se cubre el rostro con las manos; Fernando se las separa con violencia y la mira.)

¡¡Mi madre!!

¡Ojos, cegad!

(La suelta y se cubre la cara con las manos.)

VIOL. ¡Ay de mí!

(Cae de rodillas á los piés de Fernando.)

(Los personajes ocupan las posiciones siguientes: hácia la izquierda, segundo término, á donde han

llegado en la lucha anterior, Doña Violante y Fernando; éste en pie cubriéndose el rostro; aquella á sus piés; Laura á la derecha, primer término, cerca de la puerta por donde salió; D. Juan hácia la derecha, cerca de Laura.)

ESCENA XIV.

DOÑA VIOLANTE, FERNANDO, LAURA, D. JUAN, D. RODRIGO, NUÑO, RAMIRO.

Los tres últimos por la derecha, segundo término. D. Rodrigo y Nuño con las espadas desnudas; Ramiro con una luz.

RODRIGO. (Desde dentro.)
¡Nuño!... ¡Nuño!... ¡por aquí!...
LAURA. ¡Dios mio!
JUAN. ¡El marqués!
VIOL. (Levantándose rápidamente.) ¡Tu padre!
(Éste es el momento en que aparecen D. Rodrigo, Nuño y Ramiro. Laura da un paso hácia la derecha; D. Juan la sigue y queda siempre á su lado.)
RODRIGO. (Mirando al grupo que forman Violante y Fernando.)
¿Quién de mi casa la paz
turba y el recogimiento?
¿Quién con torpe atrevimiento?...
(Volviendo la vista hácia ellos.)
¡Laura y el conde de Orgaz!
LAURA. ¡Yo y el conde!... ¡No por Dios!...
¿Por qué me mirais así! (Á D. Rodrigo.)
¡No hay culpa, señor, en mí!
Madre... Fernando... los dos
defendedme!
(Corre hácia Violante y Fernando como implorando proteccion.)
FERN. (En voz alta.) ¡Desdichada!
JUAN. (Ap.) (¡Qué idea... Si: Laura es mia...
salvo á Violante...)
(Adelantándose hácia D. Rodrigo y presentándole el pecho.)
(En voz alta.) La fria

hoja, marqués, de esa espada
hundid en mi corazon,
que bien merece la muerte
quien penetró de esta suerte
en vuestra noble mansion.

RODRIGO. Y á la noble casa mia
por qué entre sombras vinisteis.
(D. Juan vuelve la vista hácia Laura, D. Rodrigo sigue su mirada.)
¿Por Laura?

JUAN. Vos lo dijísteis.

RODRIGO. ¿Y ella acaso consentía?

JUAN. No en verdad: pero aun á ser
ella quien me hizo venir,
ni lo pudiera decir...

RODRIGO. Ni yo lo quiero saber. (Pequeña pausa.)
Mañana Madrid entero
dirá que el viejo Moncada
halló la noche pasada
en su casa un caballero.
Y como en aqueste instante
sólo hay dos damas en ella,
ó vino por Laura bella,
ó vino por mi Violante.

FERN. ¡No... jamás... la madre mia?

RODRIGO. (Á Fernando.) ¿Qué supones, insensato?
¡Tal dijiste y no te mato!
Si dudara... ¿viviria? (Señalando á Violante.)
(Fernando abraza á su madre instintivamente como para defenderla.)
Laura confiada me fué
(Cambiando de tono y volviéndose á D. Juan.)
por su padre al espirar,
y su honor he de guardar
y hoy en peligro se ve.
¡Mas la dejásteis, por Dios,
asaltando mi morada,
inútil para un Moncada,
buena sólo para vos.

LAURA. ¡Yo del conde!

RODRIGO. Es lo prudente,
y lo exijo sin disculpa:

por tu culpa si hubo culpa.
por tí si eres inocente.
Conque si sois caballero,
si no os teneis por villano,
dad á Laura vuestra mano,
ó desnudad vuestro acero.

JUAN. ¡Á mi Laura yo alcanzar!
¡Bien haya mi audacia loca
si consigo de su boca
un sí eterno en el altar.

(Se adelanta hácia el marqués: este envaina el acero y hablan en voz baja. Doña Violante, Laura y Fernando forman un grupo.)

LAURA. ¡Yo ser su esposa!... ¡Jamás!

VIOL. ¡Silencio! (Á Laura con voz suplicante.)

LAURA. (Á Doña Violante.) ¡Y él, madre mia?

VIOL. ¡Silencio y en Dios confía!

FERN. (Señalando á su madre y dirigiéndose á Laura.)
¡Calla, ó la muerte la das!

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La escena representa un salon del castillo de Orgaz: arquitectura de carácter triste y sombrío. En el fondo una gran ventana dividida por dos columnas muy ligeras en tres claros ó ventanas menores. Las tres ventanas abiertas; por ellas se ve el fondo completamente oscuro del cielo.

Á la derecha del espectador, primer término, una enorme chimenea con fuego; en segundo término una puerta que conduce á las habitaciones que ha de ocupar Laura: entre la chimenea y la puerta un trofeo de diversas armas.

Á la izquierda dos puertas; la de primer término conduce á las habitaciones destinadas á Moncada: la de segundo término da paso á un corredor que termina en la esplanada del muro y que está en comunicacion con la escalera de la torre. Se supone ademas que entre las habitaciones de Moncada y este corredor hay comunicacion directa. Entre ambas puertas un gran retrato de cuerpo entero que representa á D. Juan cuando era mozo.

Á la izquierda, primer término, una mesa y un sillon, y sobre la mesa una luz. Á la derecha, junto á la chimenea, dos taburetes,

Una lámpara pendiente de la bóveda. Es de noche.

ESCENA PRIMERA.

ORDOÑO, MENDO.

Sentados junto á la chimenea, cuyo fuego avivan.

MENDO. Mala noche, amigo Ordoño.

ORDOÑO. Mala noche, amigo Mendo.
MENDO. Para este huracan del diablo
está el castillo muy viejo.
ORDOÑO. Las torres se bambolean
desde la almena al cimiento.
MENDO. Al anochecer se hundió
de la muralla un buen lienzo.
¿Bajaste á ver los escombros?
ORDOÑO. Bajé y el foso está lleno.
Si hay quien pretenda asaltar
el castillo, ¡vive el cielo!
que ya brecha practicable
lluvias le abrieron y vientos.
MENDO. El foso por el derribo,
la mura por el hueco,
esta torre por las rejas
que suben de trecho en trecho
del zócalo á la ventana,
y por los mónstruos horrendos
de piedra que las adornan
cual fantásticos engendros,
juro que no hay en el valle,
Ordoño, un sólo montero
que en cuatro saltos no llegue
á este salon.
ORDOÑO. Ya lo creo.
MENDO. De Orgaz al noble castillo
rinden ya su propio peso,
ó del aire las injurias,
ó las injurias del tiempo.
ORDOÑO. Mal se apresta á recibir
á su señor y á su dueño,
mal á la bella condesa,
cuando ante sus plantas fiero,
en vez de tender alfombras,
sólo escombros va tendiendo.
MENDO. De la boda bien no auguro.
Pero en fin... aviva el fuego.
(Pausa. Avivan el fuego de la chimenea.)
¿Viste la puesta del sol?
ORDOÑO. Toda la tarde allá dentro
pasé arreglando salones,

que son muchos los viajeros.
Albornoz y doña Laura
por una parte; y agrego
don Rodrigo y la marquesa;
pajes, damas, escuderos
ademas; dueñas sin duda,
venerables por supuesto,
de las que será el castillo
quizá el hermano gemelo;
y cuenta que con la gente
menuda yo nunca cuento.
Me hablas de puestas de sol:
¡soles á mí! ¡por los cuernos
de Satan!

MENDO. Pues yo la ví.

ORDOÑO. ¿Tú la viste? Lo celebro.

MENDO. Desde aquel sitio. (Señalando la ventana.)

ORDOÑO. Famoso.

MENDO. Todos los vidrios abiertos,
y allá el ocaso, y el sol
en negras nubes envuelto.
De repente un rojo rayo
las rasgó como un acero,
y vino á dar en la frente
de aquel retrato de lleno.

ORDOÑO. (Volviéndose sin levantarse del taburete y mirando el retrato de D. Juan.)
Albornoz veinte años há
era un hermoso mancebo.

MENDO. Hermoso, tienes razon.
Pero algo triste ó siniestro
ví en ese rostro al herirle
del sol el postrer reflejo.
Y no es esto solo.

ORDOÑO. ¿Hay más?

MENDO. La vista bajé un momento,
y ví del bosque salir
montado en un potro negro,
en blanca espuma bañado,
á todo escape un mancebo:
como ese retrato hermoso,
como el retrato siniestro,

el sol tambien en su frente,
flotando al aire el cabello.
¿Fué ilusion? Yo no lo sé,
¡pero era igual al del lienzo!
Sólo que estaba tan pálido,
que con ser humano cuerpo
y aquello un cuadro no más,
creyeran todos al verlos,
vivo al de aquella pintura
y al del negro potro muerto.
Miró al castillo un instante;
hundió sus dos manos luégo
en la revuelta melena;
los acicates sangríentos
en los hijares del bruto
clavó, al bruto revolviendo,
y se alejó del castillo
mesándose los cabellos.
Hundióse el sol en ocaso,
en sombras quedó ese lienzo,
y entre las sombras del bosque
perdióse el del potro negro.

ORDOÑO. Mal presagio, si es verdad
que ya rondan caballeros
castillo que tan mal puede
guardar, por ruinoso y viejo,
hechiceras castellanas
de ojos azules ó negros.
(Se oye el ruido del puente levadizo.)
Pero escucha... cayó el puente...
(Levantándose y asomándose á la ventana.)
pasan muchos... serán ellos.

MENDO. Vamos allá. (Se levanta.)

ORDOÑO. Vamos, sí.

MENDO. Se acercan.

ESCENA II.

MENDO, ORDOÑO, BRÍGIDA, RAMIRO.

Los dos últimos por la izquierda, segundo término.

BRIGIDA. Gracias al cielo

que llegamos.

ORDOÑO. (Á Mendo.) ¡Una dueña!

BRIGIDA. ¡Qué cansada!... ¡Yo me muero!
Ramiro, dame tu mano...
ayúdame... Tú eres bueno,
(Va caminando apoyándose en Ramiro.)
dulce, amable, complaciente...
Gracias... gracias...
(Llega á uno de los taburetes é intenta sentarse, pero no puede conseguirlo por la rigidez de sus huesos y el dolor del cansancio.)
¡Ay, no puedo!
No te pareces á Nuño...
(Apoyándose en Ramiro.)
Al fin.
(Mirando á Ordoño y á Mendo despues de sentarse.)
¡Hola, aquí tenemos
dos hidalgos! Dios os guarde.

MENDO. Y él á vos.

BRIGIDA. ¿Á lo que pienso
sois de la casa del conde?

ORDOÑO. Acertó de medio á medio
la muy venerable dueña.

BRIGIDA. Pues se acerca vuestro dueño,
conque salid á esperarle.

ORDOÑO. (Ap. á Mendo.) (Por no ver tal estafermo
fuera yo á esperar al diablo
á las puertas del infierno.)
(Salen Ordoño y Mendo por la izquierda, segundo término.)

ESCENA III.

BRÍGIDA, RAMIRO.

Éste último hace un movimiento para seguir á los escuderos.

BRIGIDA. No te vayas, no, Ramiro.
Ven; más cerca.

RAMIRO. (Ap.) (¡Qué tormento!)

BRIGIDA. Tras de los hombres de guerra

se va siempre tu deseo.
Aún eres niño.

RAMIRO. No tanto.
Á Nuño, el buen escudero,
lanza, caballo y espada
preguntad cómo manejo.
Preguntad á don Fernando...

BRIGIDA. Fácil es. Si no sabemos
dónde está. Tú ya recuerdas
que el infeliz cayó enfermo
con una fiebre... ¡qué fiebre!
Que el marqués terco que terco,
mientras Fernando luchaba
con la agonía en el lecho,
de Laura la voluntad
torció con mano de hierro;
y que en fin, esta mañana,
ella de angustia muriendo
y el de Albornoz de ventura,
se casaron.

RAMIRO. Bien me acuerdo.
Pero esta mañana ví
á don Fernando en el templo.

BRIGIDA. ¿Tú le viste?

RAMIRO. Si por Dios,
pero no más que un momento:
en un pilar apoyado
casi entre sombras envuelto.
La lámpara de la Vírgen
con resplandores inciertos
á veces iluminaba
aquel rostro triste y bello,
y era tal su palidez.
que pensé un instante al verlo
que estátua de mármol era
que del funerario lecho
de algun sepulcro se alzaba
para reclamar siniestro,
al conde su bella esposa,
y á Laura sus juramentos.
Un *sí* se oyó en el altar,
se oyó un gemido en el templo,

y del pilar en la sombra
desapareció el mancebo.

BRIGIDA. Pues se ignora desde entónces
de Fernando el paradero.
Por eso doña Violante
los amorosos extremos
del desesperado mozo
con mucha razon temiendo,
acompaña á doña Laura
á este castillo funesto,
á pesar de los pesares
y de sus tristes recuerdos.
¿Por esto digo? Ademas
otras razones sospecho
que debe tener. Ramiro,
hace dias que yo observo
que es la marquesa la sombra
de su esposo. (Pausa.) Junto al lecho
de Fernando Nuño y ella
con sigilo y con misterio
hablaron. Lágrimas hubo:
á Nuño quiso el mancebo
en un rapto de furor
matar; mas cayó de nuevo
en el delirio. Ese Nuño...
que habló al marqués yo recelo...
aquella carta...

RAMIRO. ¿Qué carta?

BRIGIDA. ¡Miren el mal rapazuelo
y qué curioso!

RAMIRO. Si yo...

BRIGIDA. Bien que la culpa me tengo.

RAMIRO. En verdad...

BRIGIDA. ¡Digo que calles! (Rumor lejano.)
Que al fin han llegado creo. (Escuchando.)
Ayúdame á levantar. (Se levanta.)
¡Ay!... ¡qué apenas me sostengo!

ESCENA IV.

D. JUAN, LAURA, D. RODRIGO, DOÑA VIOLANTE, NUÑO, MENDO, BRÍGIDA, RAMIRO.

Los nuevos personajes entran por la izquierda, segundo término, y se colocan en el órden siguiente de izquierda á derecha: D. Juan y Laura, Violante y D. Rodrigo, Nuño y Mendo, Brígida y Ramiro: estos últimos ya junto á la chimenea. Nuño mira al salon con curiosidad, Violante con espanto; la actriz interpretará como su talento le inspire esta situacion difícil.

RODRIGO. Tú desfalleces, Violante.
VIOL. Es el cansancio no más.
(Ap.) (Pensé no volver jamás!)
NUÑO. (Ap. mirando el retrato de D. Juan.)
(De aquel retrato el semblante...)
JUAN. (Á Laura.) Voy tu mirada buscando
y no encuentro tu mirada.
LAURA. Madre... madre...
(Como huyendo de D. Juan y acercándose á Violante.)
VIOL. Laura amada...
LAURA. (Á Violante en voz baja.)
(¿Dónde... dónde está Fernando?)
NUÑO. (Á Mendo en voz baja señalando el retrato.)
(¿Quién es el mancebo aquel
de hermosa y soberbia faz?)
MENDO. (¡Quién ha de ser? el de Orgaz
cuando mozo.)
NUÑO. (Ap. con alegría.) (¡Al fin!... Es él.
Tu instinto, Nuño.)
(D. Juan se aproxima á Laura y á Violante y los tres quedan á la izquierda; Mendo se acerca á Brígida y á Ramiro y forman otro grupo á la derecha; en el centro quedan D. Rodrigo y Nuño.)
Señor... (Á D. Rodrigo.)
¡Lo sé todo... todo!
RODRIGO. ¿Tú! (Á Nuño.)
NUÑO. ¡Le encontré!... ¡por Belcebú!

RODRIGO. De la vida del traidor
yo decidiré más tarde
como cumpla á mí derecho.)
(D. Rodrigo se separa de Nuño y se acerca á Doña Violante; los dos, D. Juan y Laura, forman un grupo á la izquierda; siempre á la derecha Brígida, Mendo y Ramiro; Nuño solo en el centro.)

NUÑO. (Ap.) (Mientras dormis en el lecho,
yo castigaré al cobarde.)

RODRIGO. (En voz alta dirigiéndose á Laura.)
Ya mi obligacion cumplí,
á noble esposo te doy,
y libre quedo desde hoy
de la palabra que dí.
Yo te amparé en tu orfandad
con mi casa y con mi espada;
mas ya cesa de Moncada
la paterna autoridad.
(Dirigiéndose á D. Juan.)
La tomásteis por esposa
violentando su deseo:
hoy vuestra esposa la veo;
hacedla, conde, dichosa.
Porque tengo corazon,
quiero á esa niña, y si cesa
autoridad que me pesa,
no cesa mi proteccion.
Una noche os ví asaltar
mi palacio: no os maté
cual debí, porque pensé
más justo su honor salvar.
(Señalando á Laura.)
Quizá fuí con Laura duro;
mas la traigo pura y bella:
no me hagais volver por ella,
porque entraré por el muro.

JUAN. No há menester en rigor
abrir al muro portillo,
quien ya dentro del castillo
es del castillo señor.
(Inclinándose cortesmente.)

RODRIGO. Violante está fatigada.
JUAN. Yo mismo os conduciré...
RODRIGO. No permito...
NUÑO. (Ap.) (Volveré!)
RODRIGO. Adios, Laura.
VIOL. (Ap. abrazando á Laura.) ¡Desdichada!
(Doña Violante, D. Rodrigo y D. Juan se dirigen hácia la izquierda primer término; Laura queda en el centro.)
BRIGIDA. ¿Y nosotros? (Á Mendo.)
MENDO. (Señalando la puerta de la derecha.)
Por allí.
JUAN. Pronto, Mendo, vé delante.
RODRIGO. Albornoz... (Despidiéndose.)
JUAN. Doña Violante... (Saludando.)
BRIGIDA. Vamos, Ramiro.
VIOL. (Ap.) ¡Ay de mí!
(Salen por la izquierda, primer término, Doña Violante y D. Rodrigo y detrás Nuño, precedidos por Mendo, que al llamarle D. Juan se separó de Brígida y de Ramiro y tomó la luz que había sobre la mesa. Hasta la misma puerta les acompaña D. Juan y en ella queda hasta que desaparecen. Laura en el centro; la escena iluminada tan sólo por la lámpara que pende de la bóveda. Brígida y Ramiro salen por la derecha al mismo tiempo que Doña Violante y D. Rodrigo.)

ESCENA V.

LAURA, D. JUAN.

(D. Juan en la puerta de la izquierda contemplando á Laura. Esta en el centro sin mirarle. D. Juan se acerca lentamente.)

JUAN. Laura, Laura, compasion
en esta implacable lucha,
y aquí en el silencio escucha
la voz de mi corazon.
(Laura vuelve la cabeza y le mira un momento.)
Pero hasta haberme escuchado

no fijes en mí los ojos,
no me hables de tus enojos;
recuerdos de lo pasado
de tu espíritu destierra
y piensa que nunca fué
amada cual yo te amé
¡mujer alguna en la tierra!
Yo sufro con tu dolor,
yo maldigo mi egoismo,
mi alma, Laura, es un abismo,
pero un abismo de amor;
¡tan grande, que ya de todo
me siento por tí capaz!
Vuelva la dicha á tu faz,
y si acaso buscas modo
y término á tu sufrir,
pronuncie tu labio puro
solo una vez «¡te amo!» y juro
ante tus plantas morir.
Una palabra de amor,
una tan solo, y despues,
libre por siempre te ves
de este pobre soñador.
Dime «¡te amo!» y caigo inerte:
tan solo una vez «¡te adoro!»
¡no es para secar mi lloro,
es para darme la muerte!

LAURA. ¡Vos morir! No por mi vida;
muerte yo sola merezco;
yo, conde, que os pertenezco
y tengo el alma rendida
y rendido el corazon
(escuchad bien) á otro hombre.
Conque, don Juan, no os asombre
si tras esta confesion
necesaria, aunque cruel,
castigo de vos imploro,
por vuestro propio decoro,
para la esposa infiel.

JUAN. ¡No más!

LAURA. Inutil porfía.
¿Por ventura he de engañaros?

¿No debo acaso mostraros
tal cual es el alma mia?

JUAN. ¡Basta... basta... por piedad!

LAURA. Yo cumplo así mi deber.

JUAN. Calla, Laura.

LAURA. No ha de ser.

JUAN. ¡Me enloqueces!

LAURA. Escuchad.

(Pequeña pausa. Laura se acerca á D. Juan.)

Es mi eterna tentacion;
ante mí siempre le veo,
ya le finge mi deseo,
ya le evoca el corazon.
Y son mis esfuerzos vanos:
en vano mi honor se afana:
¿qué más! si aun esta mañana,
enlazadas nuestras manos,
(Cogiéndole una mano á D. Juan y acercándose más á él.)
postrados ante el altar,
teniendo á mi Dios delante,
¡ví su pálido semblante
en la sombra de un pilar!
(D. Juan se separa de ella no queriendo oirla: Laura le sigue con insistencia.)
No basta, no, que sujete
el rebelde pensamiento;
las sombras, la luz, el viento,
vida le dan. Un ginete
pensé que nos perseguia
al pasar el bosque há poco,
y era el pensamiento loco
que otra vez me lo fingía.
No veis el retrato allí (Señalando el retrato.)
de un jóven cuya mirada
está en nosotros clavada?
Pues cuando entramos aquí
al muro la vista elevo,
algo á mi pesar buscando,
¡y allí estaba mi Fernando
(Señalando al retrato.)
en la imágen del mancebo!

(De nuevo se separa D. Juan; de nuevo le sigue Laura.)
¡Qué más, conde? (y observad
á dó llega mi delirio)
pintábais vuestro martirio,
de mí implorábais piedad
hace poco suplicante;
yo alguna vez os miré
¡oh, insensata! y encontré
en vuestro propio semblante
(¡se concibe tal locura?)
y en vuestra propia mirada
¡de Fernando reflejada
la varonil hermosura!
¡Por eso hasta el corazon
alguna vez vuestro acento
penetró; por eso siento
por vos, conde, compasion!

JUAN. ¡Compasion harto cruel!

LAURA. Pero no; vana quimera,
la verdad os debo entera;
¡mi compasion es por él!
¡Por él!... ¡que doquier contemplo!...
¡sobre las piedras del muro!...
¡en vuestro semblante duro!...
¡en el bosque!... ¡y en el templo!

JUAN. ¡Pues te falta verle... allí,
en la nada sumergido,
de donde sólo ha salido
para atormentarme á mí!

LAURA. ¿Y á la esposa, qué escarmiento?

JUAN. Ninguno... porque... ¡te adoro!
¿Ves?... ¡Me escarneces... y aun lloro!
(Con voz ahogada.)

LAURA. Don Juan, llevadme á un convento.
(Con dulzura.)
¡A un convento, por piedad!

JUAN. ¿Perderte!... ¡Vana porfía;
el mismo Dios te hizo mia
por toda una eternidad!

LAURA. ¡Nunca!

JUAN. Me has visto gemir

y llorar y padecer;
¿pero sabes tú, mujer,
que resistirme es morir?

LAURA. Eso quiero. (Acercándose á D. Juan.)

JUAN. Vete. No... (Alejándose de ella.)
Vete, Laura.

(Pausa. Laura, despues de contemplar algunos momentos al conde, se dirige lentamente á la puerta de la derecha. Nuño sale por la izquierda y avanza poco á poco manteniéndose en segundo término. Al llegar Laura á la puerta se vuelve á mirar al conde; éste la mira tambien, pero sin acercarse.)

¿Me amarás?

(Tendiendo hácia ella los brazos y con acento de súplica.)

LAURA. ¿Amaros, conde?... ¡Jamás! (Sale.)

JUAN. (Con violencia.) ¿Quién puede impedirlo?

(D. Juan se precipita hácia la puerta por donde salió Laura; al llegar á ella Nuño le cierra el paso.)

NUÑO. Yo.

ESCENA VI.

D. JUAN, NUÑO.

JUAN. Déjeme paso el villano.

NUÑO. ¿No me conoceis?

JUAN. No á fé.

NUÑO. Pues yo, buen conde, pensé
que quien partió por su mano,
armada de duro acero,
de un asalto en la ocasion,
y en este mismo salon,
la frente del escudero,
al ver esta roja y ancha
cicatriz recordaría
aquella deuda y querría
dar al hidalgo revancha.

(D. Juan le oye desde el principio con atencion, y ambos se adelantan hasta colocarse en primer término.)

JUAN. ¡Aquel?...
(Con extrañeza y curiosidad y como procurando recordar,)
NUÑO. Cabal.
JUAN. ¿Eres tú?
NUÑO. Preguntad á ese mancebo,
(Señalando el retrato.)
y á esta cicatriz que llevo
veinte años ¡por Belcebú!
JUAN. (Con desprecio.)
¿Y qué pretendes? ¿matarme?
NUÑO. Ya os lo dije.
JUAN. Éstás demente.
Vete á descansar.
NUÑO. Prudente
será, don Juan escucharme.
JUAN. (Saca la espada con su vaina del cinto y la coloca en el trofeo.)
Si ésta tu sangre vertió
fué en lucha franca y leal.
NUÑO. Pues en otra lucha igual
vuestra sangre busco yo.
JUAN. ¡Vive el cielo que si salgo
del torreon á la esplanada!...
NUÑO. Será mi dicha colmada.
JUAN. ¿Tanto me aborreces?
(Acercándose á él con nueva curiosidad.)
NUÑO. Algo.
JUAN. Yo no desciendo hasta tí.
NUÑO. Hidalgo soy, buen Orgaz,
y está diciendo mi faz
(Señalando la cicatriz.)
que vos pusísteis en mí,
y donde jamás se esconde,
y es de nobleza destello
de vuestras armas el sello:
¡conque iguales somos, conde!
JUAN. ¿Y cómo te llamas?
NUÑO. Nuño.
JUAN. ¿Qué más?
NUÑO. Peralta despues.
JUAN. ¿Escudero?

NUÑO. Del marqués.
JUAN. ¿Hidalgo?
NUÑO. De viejo cuño.
JUAN. Pues bien, Nuño de Peralta,
nobilísimo escudero,
á este humilde caballero
ya la paciencia le falta;
y aunque tus timbres se enojen,
si no me dejas pasar,
mis hombres voy á llamar,
y á ordenarles que te arrojen
por el muro (que gran maña
tienen para esto mis gentes)
pues con ánimo te sientes
para salir á campaña.
NUÑO. Si aquí no me detuviera
la precisa obligacion
de dar castigo á un felon,
por verme bien pronto fuera
de este castillo en que es llano
á un noble de tal valer, (Señalándole.)
deshonrar á una mujer
y temblar ante un anciano,
no desde el muro, señor,
desde la torre más alta
saltara Nuño Peralta
de buen grado y sin temor.
JUAN. ¿Qué estás diciendo? (Acercándose.)
NUÑO. ¿Entendeis,
por fin, conde, que interesa
al honor de la marquesa
que al escudero escucheis?
JUAN. Habla claro y diligente:
el de Orgaz te está escuchando,
y por Dios que va pensando
que tal vez será prudente,
por evitar un desliz
de tu lengua deslenguada,
que renueve con su espada
esa vieja cicatriz.
NUÑO. ¿Habeis de opinion cambiado?
JUAN. Habla y pronto.

NUÑO. Sí hablaré.
JUAN. ¿De aquella escena?...
NUÑO. Guardé
aunque en mi sangre anegado,
aunque hendida la cabeza,
siempre un recuerdo punzante,
y *la carta* de Violante
trocó mi duda en certeza.
JUAN. ¿Tú tienes la carta? (Con nueva sorpresa.)
NUÑO. Sí.
(D. Juan hace un movimiento para acercarse á Nuño: éste le mira irónicamente.)
Pero en sitio bien seguro.
Si os doy la muerte yo juro,
pues que vengar conseguí
la deshonra de mi dueño,
la carta al punto rasgar,
y vuestra infamia olvidar
como se olvida un mal sueño.
Mas si reñir no os agrada,
al marqués la carta doy,
que há mucho tiempo que soy
escudero de Moncada,
y mi señor don Rodrigo
no ha de vivir deshonrado
por ella, por mí engañado,
y el burlador sin castigo.
Y como este viejo ignora
(Golpeándose en el pecho.)
lo que es una felonia
y busca la luz del dia,
esto que os repito ahora,
esto á la marquesa dije
y á don Fernando en su lecho.
Conque ensanchad vuestro pecho
y ved si por fin elige
ponerse de mí delante,
pero sin más dilacion,
á la vuelta del torreon,
ó dar la muerte á Violante.
Escoged pronto, don Juan,
ó hago avisar al marqués.

(Acercándose con animo decidido á la puerta de la derecha.)

JUAN ¡Calla, insensato!... ¡Despues!

NUÑO. ¡Ramiro!

(Llamando á dicha puerta de la derecha.)

JUAN. ¡Voto á Satan!

NUÑO. ¡Ramiro!

JUAN. (Con ira.) ¿Quieres morir?

NUÑO. Nos espera la esplanada;
al fin está despejada
la luna. Podemos ir.

JUAN. Ahora no, Nuño. Más tarde.

NUÑO. (Llamando aún en voz alta.)
¡Ramiro!

JUAN. ¡Por vida mia!...

NUÑO. ¿Cómo!

(Acercándose mucho á D. Juan y mirándole fijamente.)

¿Dudais todavía!

(Con profundo desprecio.)

¿Os habreis vuelto cobarde?

JUAN. (Le coge con violencia por un brazo y le contempla algunos momentos.)

¡Vamos!...

(Se precipita al trofeo de la derecha y toma la espada que en él dejó, mas con tal ira y tal apresuramiento, que deja caer alguna de las armas al suelo. Desnuda la espada, arroja la vaina, se acerca á Nuño, le coge por un brazo y le habla con voz reconcentrada y terrible. Á pesar de estas indicacaciones el actor interpretará la escena precedente como juzgue oportuno.)

Y al sentir hundido
en la garganta este acero,
recuerde el necio escudero
que él tan sólo lo ha querido.

(Se dirigen D. Juan y Nuño hácia la puerta de la izquierda, segundo término; pero ántes de salir aparece Ramiro en la puerta de la derecha y en ella se detiene vacilante como si no pudiera desprenderse de las sombras del sueño. Al fin D. Juan y Nuño salen con las espadas desnudas.)

ESCENA VII.

RAMIRO.

Una vez y dos y tres
á voces han pronunciado
mi nombre...
(Acercándose á la puerta por donde salieron Don Juan y Nuño y mirando con extrañeza.)
¿Pero qué veo?...
Ó el sueño rinde mis párpados
y en el aire finge seres
con las sombras del espacio,
ó por aquel corredor
marchan, la espada en la mano,
dos hombres... ¿Será tal vez
ilusion?. . ¡Contornos vagos
van perdiéndose á lo lejos!...
¡Pajecillo fascinado
por los ruidos de la noche
y la inquietud del cansancio,
abre los ojos y mira!
¡Despierta, no estés soñando!
(Pausa. Mira á todas partes con afan; escucha á las puertas, se acerca al corredor, despues á la ventana. Luégo viene al primer término.)
Nada... nada... todos duermen.
Tiende la noche su manto
sobre los viejos torreones
del castillo solitario.
Calma y silencio doquier.
Sólo á lo léjos el paso
del centinela se escucha,
ó el viento allá entre los álamos,
ó alguna piedra que rueda
por la barbacana abajo.

ESCENA VIII.

LAURA, RAMIRO.

Sale Laura por la derecha, segundo término, vestida de blanco, andando con precaucion y hablando en voz muy baja.

LAURA. ¡Ramiro!... ¡Ramiro!... (Llamándole.)
RAMIRO. ¡Vos?...
¡Vos, señora?...
LAURA. ¿Has escuchado
hace poco en esta sala
voces .. y gritos extraños...
ruido de armas al caer
del suelo en el duro mármol?...
¿Ó eras por ventura tú?
RAMIRO. No en verdad: yo descansando
de las fatigas del viaje
me hallaba, y he despertado
porque tres veces «¡Ramiro!»
con ronco acento gritaron
Llegué al salon...
LAURA. ¿Y qué viste?
RAMIRO. Yo no sé si ví bien claro...
LAURA. ¿Qué pensaste ver? ¡Concluye!
RAMIRO. Dos hombres que espada en mano
caminaban á la par
del corredor á lo largo.
LAURA. ¡Dos hombres?... ¿Quiénes? (Alarmada.)
RAMIRO. No sé.
LAURA. Nadie al castillo ha llegado:
¿No es cierto?... Dí... Las cadenas
del puente no rechinaron.
RAMIRO. Lo ignoro: há rato dormía.
LAURA. Yo no he dormido: he llorado...
y nadie vino.
RAMIRO. ¿Quién sabe?
Uno de los dos... No trato
de alarmaros; pero creo
que era don Juan.
LAURA. ¿Y Fernando

el otro? (Con angustia.)

RAMIRO. No sé.

LAURA. Imposible.
¡El cielo no es tan tirano!
¡son demasiadas angustias
para un dia! ¡está colmado
el sufrimiento!... Mas no...
(Mirando á la ventana.)
¡amanece!... está más claro!
(Entiéndase que esto es ilusion de Laura: no amanece, pero ha salido al fin la luna y las tres ventanas y el fondo están iluminadas por el resplandor del astro.)
¡ya no es un dia... ya es otro!
Vete... vete... te lo mando...

RAMIRO. ¿Pero á dónde?

LAURA. ¡Á todas partes!...
Del corredor á lo largo
busca á esos hombres... pregunta...
¡pregunta por mi Fernando!

RAMIRO. Doña Laura ..

LAURA. ¿Tienes miedo!
Iré yo.

RAMIRO. Nunca he temblado;
y pues lo quereis, señora,
hombres, fantasmas, ó diablos,
tras ellos he de correr
sin reposo hasta encontrarlos.
(Sale Ramiro por la puerta del corredor, es decir, por la izquierda, segundo término.)

ESCENA IX.

LAURA, despues FERNANDO.

LAURA. En vano quise olvidar,
en vano cerré mis párpados:
siempre ante mí se presenta
la imágen del ser amado.
(Fijando la vista en el retrato de D. Juan.)
¡Otra vez él!... De las llamas
(Señalando á la chimenea.)

al llegar sobre el retrato
el rojizo respandor,
en ese jóven gallardo
me hace ver... No hay duda... sí...
su mirar... su rostro pálido...

(Laura queda vuelta de espaldas á la ventana y mirando como fascinada el retrato de D. Juan. Don Fernando, vestido de negro, aparece en la ventana del fondo trepando hasta subirse en ella: en consiguiéndolo queda en pie sobre el antepecho de la ventana del centro, agarrado á una de las columnillas con una mano, dominando la escena, un poco inclinado hácia el exterior de la torre, con la cabeza descubierta, encerrado, por decirlo así, en el marco de la ventana como lo está el retrato de Don Juan en su propio marco, y destacándose sobre el fondo claro del paisaje. Pronuncia los versos siguientes sin saltar al suelo.)

FERN. Ya del abismo salí
sobre vosotros trepando,
los que la torre guardais,
dragones, grifos y endriagos,
y escalas del aire fueron
vuestras melenas y garfios.
¡Monstruos de piedra, que al muro
para rechazar mi asalto
brotábais de entre las sombras,
vencidos quedad abajo,
con las fauces de granito
abiertas al negro espacio!
¡Al fin dentro del castillo!

(Saltando á tierra desde el antepecho de la ventana. Laura se vuelve y se reconocen.)

LAURA. ¿Quién?...
FERN. ¡Mi Laura!
LAURA. ¡Mi Fernando!

(Precipitándose uno hácia otro con amoroso transporte.)

¿Es ilusion del deseo?
FERN. ¡Al fin, Laura, estoy aquí!...
LAURA. ¿Eras el del bosque?
FERN. Sí.

LAURA. (Se abrazan de nuevo apasionadamente.)
¡Al fin, Fernando, te veo!...
¡Me juraban que morías!...
ir á tí no me dejaron...
hasta el altar me arrastraron...
te llamaba y no venías!

FERN. Lazos de fuego me ataban
en un lecho de dolor...
¡preguntaba por mi amor
y jamás me contestaban!
Pero esta mañana huí...
en un templo te miré
hacer traicion á mi fe...
en un bosque te seguí...
un castillo negro y alto,
por entre monstruos de piedra,
y agarrándome á la hiedra
tomé despues por asalto...
¡Y al fin ya estoy junto á tí...
eres, mi Laura, mi bien...
mis ojos al fin te ven!...
¡y ahora que vengan aquí!
¡que vengan en su demencia
á arrancarte de mis brazos,
y verán los torpes lazos
que empezó por la violencia
y acabó por la traicion,
ese conde infame y vil,
rotos en pedazos mil
al golpe del corazon!

LAURA. ¡Silencio por Dios, Fernando,
puede venir el de Orgaz!

FERN. Yo nunca escondo mi faz;
al de Orgaz vengo buscando.
(Alejándose de ella.)
¡Yo robar á tu pureza,
mujer, en noche callada,
una criminal mirada!
¡Yo en tu divina belleza,
como ladron que se esconde,
el bien ajeno al hurtar,
mis viles ojos saciar

á escondidas de ese conde!
¡Si tal quisieras de mí,
si yo tal cosa pensára,
por liviana te matára
y por miserable á mí!
¡Á todos llama!

LAURA. ¡Dios mio!

FERN. ¡Á todos!...

LAURA. (En tono de súplica.) ¡No puede ser!

FERN. ¡Pues bien, yo!...

LAURA. ¿Qué vas á hacer?
¡Silencio... silencio, impío!
¡Madre!...
(Acercándose á la puerta de la izquierda, primer término y llamando en voz baja.)
No temas, Fernando;
¡madre!... no temas, vendrá.
La pobre no dormirá;
que bien sé yo que llorando
esta noche de agonía
pasó junto al triste lecho.

VIOL. Laura... (Apareciendo en la puerta.)

LAURA. ¡Se rasga mi pecho!...
¡Él!... (Acercándose á Doña Violante y extendiendo el brazo hácia Fernando.)

VIOL. ¡Fernando!

FERN. ¡Madre mia!

ESCENA X.

DOÑA VIOLANTE, LAURA, FERNANDO.

VIOL. ¿Tú aquí!... ¡lo estoy viendo y dudo!
¿qué buscas?

FERN. (Señalando á Laura.) Busco mi bien;
y si es preciso, tambien
vengo á servirte de escudo.

VIOL. ¡Templa por Dios tu irritada
delirante fantasía!

LAURA. ¡Fernando!

FERN. No, Laura mia.

VIOL. ¡Fernando!

FERN. No, madre amada.
De esta cárcel de dolor
saldreis las dos á la vez;
¡tú, el ángel de mi niñez! (Á Violante.)
¡y tú, el ángel de mi amor! (Á Laura.)
Vereis mi espada sangrienta,
caerá rechinando el puente,
pasarás alta la frente, (Á Laura.)
y tu vengada la afrenta. (Á Violante.)

LAURA. ¡Huye!

VIOL. ¡Vete!

FERN. (Á Violante.) Ten confianza
en la altivez de mi pecho.

VIOL. Yo sola tengo derecho
para pedirte venganza. (Con energía.)

FERN. ¡Y me rechazais las dos!

VIOL. ¡Si venganza no te pido
es que Dios no lo ha querido!
¡Vete, Fernando, por Dios!
¡De tu pobre madre anega
los ojos amargo llanto!
¡Ella que te quiere tanto
en vano á tus plantas ruega!

FERN. Madre... madre...

VIOL. ¡Compasion!
¡Pero álguien viene!...
(Volviéndose alarmada hácia la izquierda y explorando con la vista el corredor.)
¡Qué miro?...

FERN. ¿Quién es?

LAURA. ¡Mi paje!

VIOL. ¡Ramiro!

ESCENA XI.

DOÑA VIOLANTE, LAURA, FERNANDO, RAMIRO.

Ramiro entra precipitadamente por la izquierda, segundo término; viene pálido, descompuesto, volviendo atrás la vista y con un puñal de hoja muy ancha en la mano; el mismo que limpiaba Nuño en la escena primera del primer acto Todos le rodean con interés.

RAMIRO. ¡Socorro!... ¡Tras el torreon...

(Con voz interrumpida.)
al terminar la esplanada...
con un acero hasta el puño
en el pecho... muere Nuño!

FERN. ¡Muere Nuño!...

RAMIRO. ¡Aunque empañada ..
ya su voz por la agonía...
una, y dos veces, y tres...
preguntó por el marqués,
dijo que verle quería...
Negra pluma del sombrero
rompe con mano convulsa;
moja en la sangre que impulsa
la herida, sobre este acero
escribe, que en el puñal
enmohecido la roja
tinta bien prende; me arroja
la carta al fin de metal
prohibiéndome que la lea,
y aunque algo más murmuraba,
yo comprendí que deseaba
que don Rodrígo la vea.
¿Dónde está el marqués?... ¡Señor!...
¡Don Rodrigo!... (Llamando.)

FERN. (Pidiéndolo.) ¡Ese puñal...

VIOL. ¿Que dirá?
(Á Fernando con angustia y en voz baja.)

RAMIRO. ¡Noche fatal!
(Fernando le quita el puñal á Ramiro, y él y su madre buscan luz para leer lo que en el puñal está escrito.)

VIOL. De esa luz al resplandor...
(Señalando la lámpara que pende de la bóveda.)

RAMIRO. Salida hácia la esplanada
hay de este lado...

FERN. ¡Más luz!
(Él y su madre procuran leer al pie de la lámpara.)

RAMIRO. ¡Don Rodrigo!
(Sale por la izquierda primer término.)

ESCENA XII.

DOÑA VIOLANTE, LAURA, FERNANDO.

FERN. ¡Por la cruz!
«¡En el puño de la espada!»
(Leyendo lo que dice en el puñal.)
¡Con sangre así escribió Nuño!
VIOL. ¡Se confunde mi razon!
FERN. ¡Tu carta de perdicion (Á Violante.)
de la espada está en el puño!
VIOL. ¿Qué estás diciendo?
FERN. ¡Infeliz,
recuerda aquella velada:
acuérdate de Moncada
y de la hermosa Beatriz! (Pausa.)
VIOL. (Como hablando para sí con expresion de profundo terror.)
¡Ramiro hasta el moribundo
va á conducir á mi esposo!...
¡Nuño hablará!... ¡Dios piadoso,
en qué abismo tan profundo
la fatalidad me arroja!...
(Retrocediendo hácia la mesa como si huyese de álguien.)
LAURA. ¡Madre!
FERN. ¡Mi madre!
VIOL. ¡No puedo!...
¡No puedo más!... ¡Tengo miedo!...
(Se abraza á su hijo con angustia y demuestra en todo el profundo terror que la domina. La actriz sin embargo interpretará este momento como crea oportuno.)
¡Aparta de mí esa hoja!
(Fernando arroja sobre la mesa el puñal y sostiene á su madre, que cae en sus brazos desfallecida: él y Laura la consuelan formando los tres un grupo estrechamente unido.)

ESCENA XIII.

DOÑA VIOLANTE, LAURA, FERNANDO, D. JUAN.

Éste último entra por la izquierda, segundo término.

JUAN. Él se empeñó: no hablará:
lleva el secreto consigo.
(Deteniéndose y mirando al grupo que forman Violante, Laura y Fernando.)
¡Un hombre allí!... ¡Don Rodrigo
el lecho abandona ya!
(Se acerca D. Juan, se vuelve D. Fernando y se reconocen. Doña Violante y Laura rodean á Fernando como dispuestas á contenerle.)

FERN. ¡Don Juan!

JUAN. ¡Fernando!

VIOL. ¡Fernando!

JUAN. ¡Junto á mi Laura al mirarte,
ánsia inmensa de matarte
de mí se va apoderando!

FERN. Pues sacia tus ánsias, conde:
mata si puedes.

VIOL. (Á Fernando.) ¡Impío!

JUAN. ¡Hace alardes de bravío
y entre mujeres se esconde!

FERN. (Con terrible desprecio.)
¡Esconderme!... ¡Desdichado!

LAURA. ¡Fernando!... (Conteniéndole.)

VIOL. ¡Fernando!

FERN. Madre,
cuando aquí venga mi padre
ha de hallar su honor vengado.
Quizá templen su crueldad
del infame los despojos.
(Señalando á D. Juan.)

VIOL. (Alzando las manos al cielo.)
¿Dónde acaban tus enojos
y comienza tu piedad?

JUAN. ¿Quién te trajo? (Á Fernando.)

FERN. ¡Belcebú,

que él tambien te trajo á tí!

JUAN. ¿Y cómo llegaste aquí?

FERN. ¡Por asalto como tú!

JUAN. Pues de una vez acabemos,
que es nuestro odio muy profundo,
y ya juntos en el mundo
no cabemos.

FERN. No cabemos.

JUAN. Yo pude dichoso ser
si tú no hubieras nacido,
que por tí sólo he perdido
mi dicha en esa mujer.
Al acercarme á su amor
siempre tú te interpusiste,
y siempre, insensato, fuiste
mi castigo y mi dolor.
Cual si quisieran los hados
para atormentarme así
hacer un engendro en tí
de mis culpas y pecados.
¡Basta ya! ¡basta, Moncada!...
¡quiero calma y busco paz,
y á morir vas en Orgaz
por el hierro de mi espada!
(Desnuda el acero.)

FERN. Si mucho me odias á mí,
el odio que por tí siento
ni cabe en el pensamiento,
ni casi me cabe aquí.
(Golpeándose el pecho.)
Contempla estas dos mujeres
que me estrechan en sus brazos,
de aquestos divinos lazos,
de aquestos divinos seres,
sin motivo y sin razon
piensa, don Juan, lo que has hecho...
(Desprendiéndose en un arranque de ira de Violante y de Laura y desnudando el acero.)
¡y cubre, don Juan, tu pecho
porque voy al corazon!

VIOL. No, Fernando!... (Sujetándolo de nuevo.)

FERN. ¡Madre mia!...

¡suelta!...

VIOL. ¡Imposible, Fernando!

(Abrazándose á él desesperada.)

LAURA. ¡Por mí!

VIOL. ¡Te ruego... abrazando
tus rodillas!...

FERN. ¡Qué porfía!

(Se desprende de Violante y de Laura y cae sobre D. Juan con ímpetu terrible: las espadas se cruzan y comienza el combate.)

JUAN. ¡Al fin!...

(Al cruzar su hierro con el de Fernando.)

LAURA. ¡Madre!

VIOL. ¡Por piedad!
¡no más!... ¡no más!

LAURA. (Á D. Juan.) ¡Asesino!

VIOL. ¡Lo quiere el cielo divino!...
¡cúmplase su voluntad!

(Se precipita entre los combatientes y sujeta el brazo á Fernando; D. Juan baja su espada al ver que su adversario no puede defenderse.)

(Á Fernando.) ¡Deten el hierro homicida!...
¡Pára el brazo!... ¡Caiga inerte!...
¡¡Tú no puedes dar la muerte
á quien te ha dado la vida!!

FERN. ¡¡Él?... (Dando un paso hácia atrás y dejando caer el hierro.)

JUAN. ¡¡Qué dice?

FERN. (Con voz ahogada.) ¡Por favor!...
¡Yo no he comprendido, madre!...

JUAN. ¡¡Él es?...

VIOL. ¡Tu hijo!...

FERN. (Señalando á D. Juan.) ¡¡Mi padre!!...

(Se alejan uno de otro horrorizados: D. Juan se cubre el rostro con las manos: Fernando queda inmóvil como petrificado por la terrible revelacion.)

VIOL. ¡Lo quiso vuestro furor!

(Pausa. Quedan todos inmóviles, silenciosos, asombrados. Á pesar de las anteriores indicaciones, los actores interpretarán esta escena como crean oportuno.)

ESCENA XIV.

DOÑA VIOLANTE, LAURA, FERNANDO, D. JUAN, DON RODRIGO. Éste último por la puerta del corredor.

RODRIGO. (Enjugándose una lágrima y con voz conmovida.)
¡Pobre Nuño!... Los impíos
muerte le dieron.
(Fijando la vista en los demas personajes.)
¿Qué es esto?
(Pausa. Despues se dirige á D. Juan.)
Vuestro castillo es funesto
sin duda para los mios.
En este castillo fué
donde amenazó la vida
de mi Violante querida
un traidor que nunca hallé.
Allí, sobre la esplanada
y á la espalda del torreon,
traspasado el corazon
por el hierro de una espada
murió Nuño... mi escudero.
Corro á buscaros y cuando...
os encuentro, á mi Fernando
amenaza vuestro acero.
¡Mucho mi sangre os enoja!...
El pobre Nuño murió...
mas Ramiro me advirtió
que de un puñal en la hoja
algo con sangre hay escrito.
¿Dónde está ese hierro?
(Busca con la mirada por todas partes: los demas personajes, saliendo de su estupor, siguen con la vista á D. Rodrigo. Al fin éste divisa el puñal sobre la mesa.)
¡Allí!...
¡allí lo veo!... (Señalando.)
(Se dirige hácia la mesa: movimiento de terror en los demas personajes.)

VIOL. ¡Ay de mí!
(Volviéndose hácia Fernando é implorando su pro

teccion.)

FERN. (Fernando se precipita y coge el puñal en el instante mismo en que D. Rodrigo extiende la mano hácia él.)
(Ap.) (¡Jamás!...)
(En voz alta y cogiendo el puñal.)
No.
(Fernando y D. Rodrigo quedan cerca de la mesa mirándose fijamente, aquel con el puñal en la mano, éste extendiendo el brazo para cogerlo. Los demas personajes se acercan con ansiedad: Doña Violante al lado de su hijo; D. Juan al lado de D. Rodrigo; Laura al lado de Doña Violante.)

RODRIGO. ¡Lo necesito!

VIOL. (Ap.) (¡Hijo!...)

RODRIGO. ¡Mi sangre se inflama!
(Procurando coger el puñal.)

FERN. ¡No ha de ser! (Resistiendo.)

RODRIGO. ¡Yo te lo mando!

FERN. ¡No ha de ser!

RODRIGO. ¡Basta, Fernando!

FERN. (Ap. con acento terrible.)
(¡El abismo me reclama!)
(Fernando se halla entre D. Rodrigo, qne le sujeta el brazo para coger el puñal, y Doña Violante: D. Juan y Laura en las posiciones indicadas. En los movimientos de D. Rodrigo para apoderarse del puñal y de Fernando para impedirlo, ambos personajes y los que les rodean, se habrán separado de la mesa acercándose al centro del escenario.)

VIOL. (Al oido de su hijo con suprema angustia.)
¡No puedes borrarlo!... ¡no!...
¡te observa!

RODRIGO. ¡Aunque no te cuadre!
(Haciendo un esfuerzo para coger el puñal.)

FERN. (Acercándose á su madre y con acento trágico.)
¡¡Cómo no borrarlo, madre,
mientras tenga sangre yo!!
(Se desprende violentamente de todos, se hunde el puñal en el pecho y cae: todos le rodean: el puñal debe quedar en la herida hasta el final del drama.)

VIOL. ¡¡Hijo!!...

LAURA.
JUAN.
RODRIGO. } ¡Fernando!...

RODRIGO. ¿Qué has hecho?

FERN. (Á D. Rodrigo, con afan.)
¡Perdon!... ¡Vivir no podía
sin la dulce prenda mia!
(¡Aqui, dentro de mi pecho,
(Volviéndose hácia su madre y en voz baja.)
queda el secreto guardado!)

RODRIGO. ¡Y tú morir!... ¡No!... ¡Socorro!...
(Levantándose y andando de un lado á otro.)
¡Ah de mis gentes!... ¡Yo corro
á buscarles!... ¡Desdichado! (Sale vacilante.)

ESCENA XV.

DOÑA VIOLANTE, LAURA, FERNANDO, D. JUAN.

VIOL. ¿Qué dice? ¡morir!...

FERN. Mi muerte,
madre, borra tu deshonra.

VIOL. ¡Qué me importan vida y honra,
hijo, si llego á perderte!

FERN. (Á D. Juan, con voz ahogada.)
Por la violencia me díste
vida que yo no quería,
tal vez porque presentía
que era la vida muy triste.
Me engendraste por sorpresa,
me engendraste sin amor,
y pues comprendo, señor,
por tu angustia que te pesa,
me apresuro á devolverte
tu sangre... ¡padre del alma!
y voy á buscar la calma
en los brazos de la muerte.
¡Para tí... mi corazon!
(Abrazando á su madre.)
¡Oye... para tí... el convento!
(Atrayendo así á Laura y en voz baja.)
¡Para ese... el remordimiento!...

(Extendiendo el brazo hácia D. Juan; se detiene, parece luchar consigo mismo, y al fin le abre llorando losbrazos en un último y supremo arranque.)

¡No, padre... no... mi perdon!

JUAN. ¡Fernando... Fernando!...

(Cayendo de rodillas ante él.)

FERN. ¡Ved!...

¡Don Rodrigo viene allí!

¡Lejos, muy lejos de mí!...

(Rechazandole dulcemente.)

¡Vuestra afliccion... contened!

ESCENA XVI.

DOÑA VIOLANTE, LAURA, FERNANDO, D. JUAN, D. RODRIGO, RAMIRO, MENDO, ORDOÑO.

Los tres últimos con luces; la escena hasta este momento habrá estado iluminada tan sólo por la lámpara que pende de la bóveda.

FERN. (Incorporándose penosamente y llamando por señas á D. Rodrigo, ya con el estertor de la muerte.)

¡Un favor... en... mi... agonía!

RODRIGO. (Corre á él sollozando y le abraza cariñosamente.)

¡Yo concedértelo juro!

FERN. Quisiera... ese acero... puro...

llevar... á la tumba... fria...

(D, Rodrigo saca la espada y se la entrega. Fernando se apodera de ella ansiosamente; despues, ya espirando, se vuelve hácia su madre y la habla en voz baja.)

¡¡Ya está... tu honra... asegurada...

del sepulcro... en el arcano...

que siempre tendré... mi mano...

EN EL PUÑO... DE LA ESPADA!!

(Oprime convulsivamente el puño de la espada: la aprieta contra su pecho y muere. Todos le rodean llorando: D. Juan cae de rodillas ocultándose el rostro entre las manos.)

FIN DEL DRAMA.